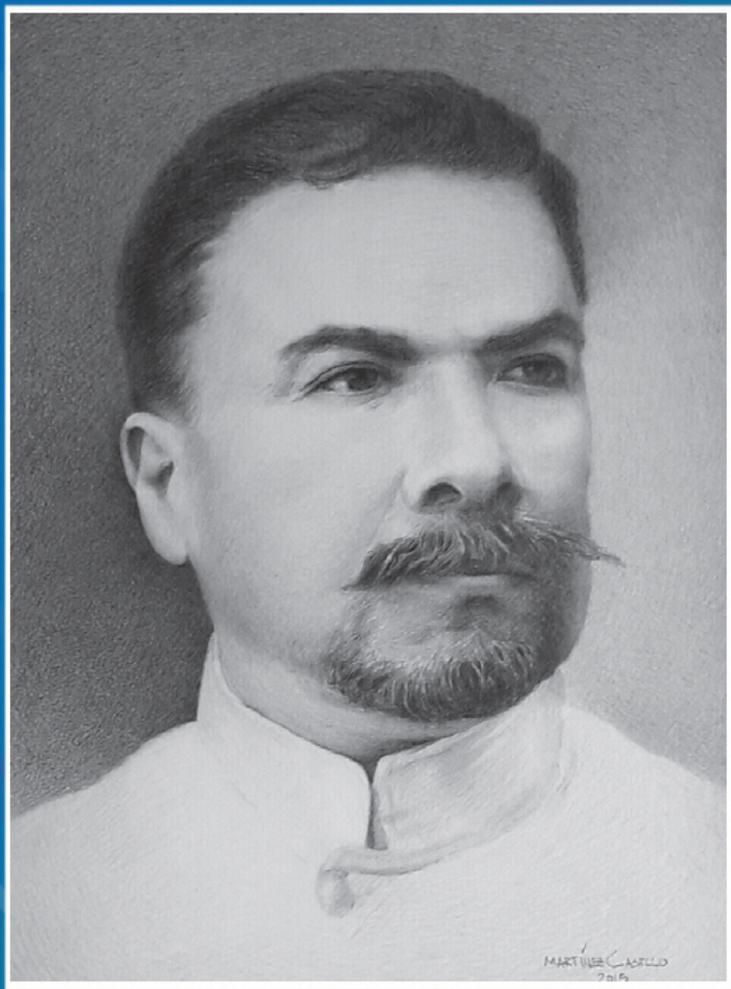


APUNTES SOBRE
LA VIDA Y OBRA
DE
RUBÉN DARÍO



CARLOS TÜNNERMANN BERNHEIM

CARLOS TÜNNERMANN BERNHEIM

**APUNTES SOBRE LA VIDA
Y OBRA DE RUBÉN DARÍO**

Managua, enero de 2016
AÑO DEL CENTENARIO DEL TRÁNSITO
A LA INMORTALIDAD DE RUBÉN DARÍO



Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica

CUADRO DE PORTADA

“Retrato de Rubén Darío” de Julio Martínez Castillo.

Técnica: lápiz grafito sobre papel de acuarela.

8 X 24 pulgadas. 2015

DIAGRAMACIÓN

Mauricio Valdez Rivas

valdezmauricio2015@gmail.com

Este proyecto cuenta con la colaboración de
el Foro Nicaragüense de Cultura.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	5
1. COMO FUE EL NACIMIENTO DE DARIO.....	7
2. SU PRIMERA INFANCIA	9
3. SU APRENDIZAJE DE LAS PRIMERAS LETRAS.....	11
4. LA EXPERIENCIA ESCOLAR DE DARÍO	13
5. DARÍO, GENIAL AUTODIDACTA.....	15
6. MUJERES EN SU VIDA	17
7. DARÍO EN CHILE: AZUL.....	19
8. “AZUL...”: PUERTA DE ENTRADA DEL MODERNISMO	21
9. DARÍO EN ARGENTINA.....	23
10. IMPORTANCIA DE “LOS RAROS” DE DARÍO	25
11. “PROSAS PROFANAS”: EL LIBRO MODERNISTA POR EXCELENCIA DE DARÍO	27
12. DARÍO Y LA “GENERACIÓN DEL ‘98”	29
13. “ESPAÑA CONTEMPORÁNEA” Y “PEREGRINACIONES”	31
14. “CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA”: OBRA CUMBRE DE DARÍO.....	33

15.	“EL CANTO ERRANTE”	35
16.	“POEMA DEL OTOÑO Y OTROS POEMAS”	37
17.	“CANTO A LA ARGENTINA Y OTROS POEMAS”	39
18.	DARÍO Y EL PRESIDENTE COLOMBIANO RAFAEL NÚÑEZ	41
19.	EL MESTIZO RUBEN DARÍO	43
20.	“VOY EN BUSCA DEL CEMENTERIO DE MI TIERRA NATAL”	45
21.	DARÍO A CIEN AÑOS DE SU TRÁNSITO A LA INMORTALIDAD	47
22.	DARÍO Y LA POLÍTICA	49
23.	DARÍO Y EL FUTURO DE NICARAGUA.....	51
24.	ASÍ FUERON LOS FUNERALES DE DARÍO	53

PRESENTACION

Este modesto librito reúne la serie de artículos que sobre la vida y obra de Rubén Darío publiqué en el diario “La Prensa” en el curso del año 2015.

El propósito de la serie fue señalar los altos méritos literarios del fundador del Modernismo, renovador de la poesía y la prosa en idioma español, de cara al Centenario de su tránsito a la inmortalidad.

Cada artículo, según las normas editoriales del diario donde se publicaron, no podía exceder las setecientas palabras. Por tal razón, debí desarrollar cada tema dentro de estos límites procurando que cada texto contuviera lo esencial sobre el respectivo tema. Además, en lo posible, traté de darles un sentido didáctico.

El otro propósito era despertar, principalmente entre los jóvenes y los estudiantes, el interés por la obra de Darío, emprendiendo la lectura de sus libros. Ellos representan nuestro mayor y mejor tesoro literario y siguen teniendo lectores en el ámbito de las letras hispanoamericanas, como lo comprueban las constantes reediciones de sus libros claves, como *Azul...*, *Prosas Profanas*, *Cantos de Vida y Esperanza*. Darío es ya un clásico de la literatura universal.

La idea de recoger en un pequeño volumen mis artículos fue de mi apreciado amigo, el Ing. René González, Presidente del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica (INCH), quien también hizo los contactos con el Presidente del Foro Nicaragüense de Cultura, Dr. Cairo Amador y con el Dr. Melvin Wallace, para hacer realidad la edición de este librito.

La intención es ponerlo principalmente en las manos de nuestros estudiantes, como un incentivo para que se inicien en el conocimiento de la vida y obra de nuestro genial poeta, cuya vigencia continúa a cien años de su fallecimiento. Como lo afirma el filósofo español Julián Marías: “Darío es quien fija el nivel de la poesía en español”.

Managua, enero de 2016.

1

COMO FUE EL NACIMIENTO DE DARÍO

Las biografías de Darío, incluyendo “La dramática vida de Rubén Darío” del Profesor Edelberto Torres, ofrecen poca información sobre las circunstancias que rodearon el nacimiento del renovador del idioma español. Don Edelberto alude al viaje en carreta de la madre de Darío, Rosa Sarmiento, al pueblo de Metapa, antes Chocoyos, en compañía de su tía Josefa Sarmiento, debido a las dificultades surgidas en su matrimonio con don Manuel Darío. Valentín de Pedro afirma que nació en la carreta, antes de llegar a Metapa.

El propio Darío, en su “Autobiografía”, es muy escueto acerca de su nacimiento, sobre el que tan solo dice que vino al mundo “en un pueblecito, o más bien aldea, de la provincia, o como allá se dice, departamento de la Nueva Segovia, llamado antaño Chocoyos y hoy Metapa”. En realidad Metapa pertenecía y sigue perteneciendo, ahora con el nombre de “Ciudad Darío”, al departamento de Matagalpa.

Es del conocimiento de los estudiosos de Darío que la mujer que asistió a Rosa Sarmiento en su parto se llamaba Cornelia Mendoza y que Darío nació en la casa de ésta. De ahí que resulta sumamente interesante el documento que apareció en la biblioteca que perteneció al periodista y dariano Juan Ramón Avilés (1886-1962), que contiene un testimonio, en papel sellado rubricado por el Presbítero Pío M. González Mendoza, con detalles sobre el nacimiento del Padre del Modernismo.

María Ester Mendoza Ruiz, nacida en 1877, en el año 1955, a los 78 años de edad, pero muy lúcida por la forma en que se expresa, asegura en ese testimonio que vivió en Metapa hasta el año 1898. De sus padres y familiares supo lo que narra. Así nos dice que Cornelia Mendoza era prima de su padre don Félix Mendoza: “Las casas de ambos eran esquinas y quedaban frente a frente. La de mi tía Cornelia era pequeña, más o menos de ocho varas de largo al lado de la calle, con su cocina anexa y corredorcito interior. En esa casa, mejor dicho, en el aposentito de tía Cornelia, según ella me lo contó muchas veces, fue donde nació el niño Rubén”.

“Tía Cornelia me contó que una señora de nombre Rosa, llegó procedente de León, en estado muy adelantado de embarazo, en un

tren de mulas y carretas que era la clase de transporte acostumbrado entonces. Doña Rosa, al llegar a Metapa, fue informada que como no había hotel ni posada pública, más que los corredores de la Casa Cabildo, donde pernoctaban los viajeros transeúntes. Le indicaron que el mejor lugar donde podría hospedarse era donde doña Cornelia Mendoza, mi tía, la cual gustosamente le dio albergue, y poco después ocurrió el nacimiento del niño Rubén, habiendo ayudado a mi tía Cornelia, que actuó como improvisada comadrona, una familiar o amiga suya a la cual llamó y que tenía alguna práctica en partos”.

La familiar o amiga, a quien Cornelia Mendoza llamó para que la ayudara atender el parto de Rosa Sarmiento, fue Agatona Ruiz, según lo atestigua el Dr. Rodolfo Espinosa, ex Vice Presidente de Nicaragua, en su escrito “Ciudad Darío”, fechado el 4 de octubre de 1939, copia del cual fue encontrada también en los archivos del periodista Avilés.

Según el relato de Ester Mendoza, Rubén supo de la existencia de Cornelia Mendoza y del auxilio que brindó a su madre doña Rosa Sarmiento. ¿Trataron las Mendoza de hacer contacto con Darío en alguna oportunidad? Doña Ester asegura que sí: “Considero oportuno apuntar lo siguiente: cuando Rubén Darío, ya muy enfermo, vino por última vez a Managua, yo estuve a visitarlo en casa de su esposa doña Rosario. En su lecho de enfermo me recibió, y al darse cuenta de que yo era una de las Mendoza, de Metapa, se reanimó y me dijo estas palabras: “No quiero morirme sin volver a ver aquellos “chiribitales” de Metapa, según me cuentan que son esas tierras. Sueño con llegar a conocer el lugar donde nací. Así es que prepárate para que vayamos en cuanto yo tenga una mejoría”... Doña Rosario, su esposa que lo atendía, lo estimuló diciéndole: -Sí, hijo! Vamos a ir a Metapa en cuanto mejores. Pero Rubén ya no pudo cumplir ese deseo, pues Dios lo llamó”.

2

SU PRIMERA INFANCIA

Cuarenta días de nacido tenía el hijo de Rosa Sarmiento cuando llegó a Metapa el Coronel Félix Ramírez Madregil para trasladar a León a la madre y a su hijo a casa de su esposa, Bernarda Sarmiento, tía de Rosa y tía abuela del recién nacido. Para el largo viaje, de dos jornadas a lomo de mula, se preparó un cesto donde fue acomodado el niño Rubén.

Cuatro días después de su llegada a León, en la Catedral, el niño es bautizado y recibe el nombre de Félix Rubén. Félix por su padrino, el Coronel Ramírez y Rubén por decisión de su madre. Las aguas bautismales las recibió del Presbítero José María Occón, como consta en la respectiva acta, hijo legítimo de Manuel García y Rosa Sarmiento (3 de marzo de 1867).

Por influencia de la tía Rita Darío, los padres de Rubén vuelven a convivir. Fruto de esa convivencia nace una niña, Cándida Rosa, que muere a los pocos días. Ante la conducta incorregible de Manuel García, mayor de cuarenta y cinco años y aficionado a la bebida y las mujeres, Rosa Sarmiento regresa con su hijo a casa de Bernarda Sarmiento. El matrimonio, arreglado por la tía Rita Darío, fue un fracaso. En plena juventud, Rosa es una mujer atractiva, que fue inducida a casarse cuando tenía 23 años. En su autobiografía, Darío la evoca como una “señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros... blanca, de tupido cabello oscuro, alerta y risueña, bella”. En cambio, de su padre dice que este “figuraba como mi tío Manuel”. Y agrega: “No se por qué siempre tuve un desapego, una vaga inquietud separadora con mi tío Manuel”.

Como muchas familias leonesas, la tía Bernarda se ayuda económicamente aceptando estudiantes como pensionistas. Uno de ellos es Juan Benito Soriano, joven hondureño de buena presencia, blanco y alto. Juan Benito y Rosa se enamoran y un día deciden escaparse rumbo a San Marcos de Colón en Honduras, llevándose con ellos al niño Rubén. Rosa espera encontrar la felicidad que estuvo ausente en su arreglado matrimonio. Varios meses pasó Rubén en ese medio rural del que conservó un vago recuerdo, salvo el día en que, gateando, se perdió y fue encontrado “lejos de la casa, tras unos matorrales, debajo de las ubres de una vaca”... “Se me sacó de

mi bucólico refugio, se me dio unas cuantas nalgadas y aquí mi recuerdo de esa edad desaparece como una vista de cinematógrafo”.

Hasta San Marcos de Colón llega el Coronel Félix Ramírez, quien convence a Rosa con el argumento de que para una mejor educación del niño Rubén conviene que este sea llevado a León, a casa de la tía Bernarda, donde recibirá los solícitos cuidados de sus tíos abuelos y llenará el vacío que dejó la muerte de la única hija del matrimonio Ramírez Sarmiento.

El niño Rubén crece creyendo que el Coronel Ramírez y doña Bernarda son sus padres, hasta que “un día, nos dice Darío en su autobiografía, una vecina me llamó a su casa. Estaba allí una señora vestida de negro, que me abrazó y me besó llorando, sin decirme una sola palabra. La vecina me dijo: “Esta es tu verdadera madre, se llama Rosa y ha venido a verte desde muy lejos”. En ese momento el niño no comprendió las palabras de ternura ni los consejos de aquella dama extraña. “Fue para mí rara visión. Desapareció de nuevo...”. No la volvería a ver sino veinte años después cuando Rubén despierta de una larga depresión, no exenta de excesos alcohólicos, a raíz de la muerte de su primera esposa Rafaela Contreras Cañas. Dos mujeres están al lado de su cama asistiéndolo, su madre Rosa y su hermana Lola, a quien Rubén no conocía. Estos fueron los únicos encuentros de Darío con su madre Rosa Sarmiento.

Rubén considerará siempre como sus auténticos padres a sus tíos abuelos, el Coronel Ramírez y doña Bernarda Sarmiento. “La paternidad única es la costumbre del cuidado y del cariño”, escribirá Darío en su autobiografía.

La casa de la tía abuela Bernarda será el hogar donde transcurrirá la infancia y primera adolescencia de Darío. La casa y su ambiente ejercerán una gran influencia en el poeta. En ella aprenderá las primeras letras en el regazo de la tía Bernarda y despertarán su imaginación y su sensualidad. Compondrá también sus primeros versos y pronto será reconocido como el “poeta-niño”.

3

SU APRENDIZAJE DE LAS PRIMERAS LETRAS

La casa de la tía abuela Bernarda Sarmiento, donde transcurrió la infancia y parte de la adolescencia de Rubén, era una típica casa leonesa, situada en lo que se denominaba “las cuatro esquinas”, en un costado de la iglesia de San Francisco. Darío la describe así: “Una vieja construcción a la manera colonial: cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con su pozo, árboles”... “La casa era para mí tenebrosa por las noches. Anidaban lechuzas en sus aleros”. En esa casa se encuentra ahora el Museo y Archivo Rubén Darío, fundado por el Dr. Edgardo Buitrago.

A sus padres adoptivos, la tía abuela Bernarda y el Coronel Félix Ramírez, Rubén los recordará siempre con agradecido cariño. En su cuento autobiográfico “Palomas blancas y garzas morenas”, Darío evoca a doña Bernarda así: “¡Adorable la viejecita, con sus trajes a grandes flores y sus cabellos crespos y recogidos, como una vieja marquesa de Boucher”. Al coronel Ramírez Madregil lo describe en su autobiografía como “*un militar bravo y patriota, de los unionistas de Centro América, con el famoso caudillo general Máximo Jerez*”... “*Le recuerdo, hombre alto, buen jinete, algo moreno, de barbas muy negras*”. El coronel Ramírez no era un militar inculto. Era persona inclinada a la lectura y en su casa se reunía una tertulia de políticos e intelectuales liberales, en las que también participaba su esposa, doña Bernarda, con el niño Rubén a su lado hasta que el sueño le hacía a éste buscar refugio en las faldas de la buena mujer.

Pero, por las noches, la casa se llenaba de sombras y el niño Rubén de temores: “*Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos: me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía como una araña... De allí mi horror a las tinieblas nocturnas, y el tormento de ciertas pesadillas incurables*”. Durante toda su vida Darío padeció de temor a la oscuridad.

Igual que la mayoría de los niños nicaragüenses de aquella época, cuando no existían los preescolares, las primeras letras las aprendió Darío en el regazo de la tía abuela Bernarda, a quien el niño Rubén tenía como a su madre biológica.

En ese hogar se inició su educación y recibió influencias que más tarde se hicieron sentir en el curso de su vida. Le enseña también las oraciones que debía aprender de memoria, oraciones en verso cuyo ritmo el niño captaba. El tío Félix más tarde le enseña a montar a caballo y las novedades recién llegadas a León: el hielo, las manzanas de California, los cuentos pintados para niños, y hasta el champaña de Francia!...

En su autobiografía nos dice Rubén: “Fui algo niño prodigio. A los tres años sabía leer, según me han contado”. Para completar el aprendizaje de la cartilla y prepararse para la primera comunión, asiste a la escuela: una escuelita mixta que funcionaba en la casa contigua a su hogar, donde residía Doña Margarita Tellería. Su hija, la señorita Jacoba Tellería, “solterona en años y paciencia”, tenía a su cargo la enseñanza de los niños. Ella fue la primera maestra de Rubén. El método que la señorita Tellería utilizaba, común entonces en escuelas similares, consistía, nos explica el Profesor Edelberto Torres, “en memorizar letra por letra, su sonido y escritura. Los niños repiten incesantemente y en alta voz los sonidos, teniendo la cartilla sujeta en un marco de madera provista de un mango. El sábado se consagra a memorizar el catecismo como preparativo de la primera comunión”.

Rubén guardaba un grato recuerdo de aquella experiencia infantil, no exenta de palmetazos, como los que entre indignada y asombrada le propinó la niña Jacoba, cuando, según él mismo cuenta, lo sorprendió “¡a esa edad, Dios mío! en compañía de una precoz chicuela, iniciando, indoctos e imposibles Dafnis y Cloe, y según el verso de Góngora, “las bellaquerías detrás de la puerta”.

4

LA EXPERIENCIA ESCOLAR DE DARÍO

La escuela del pasante de Derecho Felipe Ibarra, donde Rubén concluyó su educación primaria, tenía una singularidad: el maestro componía versos. De ahí que pronto el niño Rubén y el maestro Ibarra se hicieran grandes amigos. Ibarra quedó sorprendido del talento poético del niño Rubén. Le ayudó en sus composiciones primerizas. Puede decirse que la primera influencia literaria sobre Rubén fue la del maestro Felipe Ibarra, a quien Rubén recordó siempre con cariño.

Por esa época se inicia también su voraz afición por la lectura, llegando a ser, pese a sus pocos años, un lector infatigable. *“En un viejo armario, nos cuenta en su autobiografía, encontré los primeros libros que leyera. Eran un Quijote, las obras de Moratín, Las Mil y Una Noches, la Biblia; los Oficios, de Cicerón; la Corina, de Madame Stael; un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, La Caverna de Strozzi. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño”*.

Concluida la escuela primaria, la adinerada de la familia Darío, la tía Rita Darío de Alvarado, interpuso su influencia para que Rubén fuera recibido en el Colegio de secundaria que los Padres jesuitas establecieron en la iglesia de la Recolectión. La permanencia de Rubén con los jesuitas no duró mucho. Pese a ello, Darío siempre reconoció la influencia de los jesuitas en la religiosidad de sus primeros años adolescentes, que se percibe en sus composiciones de esa época. En *“Todo al vuelo”* (1912), Rubén reconoce: *“He de insistir siempre en que los padres de la Compañía de Jesús fueron los principales promotores de una cultura que no por ser si se quiere conservadora deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales. Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego”*.

Un grupo de padres de familia decidió asociarse para la fundación del Colegio de León. Entre los auspiciadores de la iniciativa se encontraba Pedro Alvarado, casado con Rita Darío. Entre los alumnos internos del nuevo plantel aparecen inscritos el hijo de don Pedro y la tía Rita, Pedro Alvarado Darío, y Félix Darío Sarmiento, sobrino de ambos y becado por ellos.

Gracias al esfuerzo de los padres de familia fue posible contratar al profesor polaco-español José Leonard para que asumiera la dirección del Colegio y la enseñanza de Letras e Historia Universal. El 6 de marzo de 1881 tuvo lugar la solemne inauguración del nuevo Colegio con asistencia de las principales autoridades civiles y eclesiásticas. Cuando le correspondió su turno al Director, José Leonard, éste aprovechó para exponer la filosofía educativa del nuevo centro. Precavido del medio en que se desenvolvía, Leonard usó un lenguaje prudente, pero no pudo menos que exaltar la libertad de pensamiento y de conciencia. La alusión a la libertad de pensamiento y de conciencia fue mal interpretada por el sector eclesiástico recalcitrante y por algunos políticos conservadores.

Por esa época se produce en el adolescente Rubén una profunda transformación ideológica y espiritual, en parte debida a la influencia del profesor polaco, a quien tanto admiraba. Escribe versos anticlericales y en la polémica que se suscitó en torno a Leonard, Darío se identificó con quienes le defendían, escribiendo versos y artículos en favor de éste. Leonard aparece así como otro de los educadores que ejercieron influencia en el jovencito Rubén.

La presencia de Rubén en el nuevo Colegio fue breve. Una riña sin importancia con su primo Pedro le hizo perder la beca financiada por su tío Pedro Alvarado. Fue retirado del centro de manera grosera mientras participaba del almuerzo. Para entonces, Rubén ya ha advertido que los cursos sistemáticos y la asistencia puntual a clases no es para él porque no se avienen con su temperamento. Carecía de la disciplina necesaria para atender las explicaciones de los profesores y cumplir con los deberes escolares. También tenía dificultades con las matemáticas. Decide no continuar su formación escolar, incluso menospreciando la beca que le otorgó el Congreso para continuar sus estudios en el Colegio de Granada, cuando entonces su ambición era ir a estudiar a Europa.

5

DARÍO, GENIAL AUTODIDACTA

La lectura y el ejercicio del periodismo, oficio del cual vivió cerca de treinta años, fueron las dos grandes fuentes de formación autodidacta de Rubén. La Biblioteca Nacional de Nicaragua, fundada en 1882 por el Presidente Joaquín Zavala, fue la verdadera “Universidad” de Darío. Los cinco mil volúmenes fundadores de la Biblioteca Nacional fueron seleccionados en España por Emilio Castelar. Fue precisamente para la inauguración oficial de la Biblioteca que Rubén escribió las cien décimas de su poema “El Libro”.

El Director de la Biblioteca, Modesto Barrios, en 1884, cuando Darío tenía apenas 17 años, lo incorporó con un modesto sueldo al personal de planta, cargo que conservó cuando Antonino Aragón sucedió a Barrios en la Dirección. Más que una oportunidad de trabajo, la incorporación del joven poeta al personal de la Biblioteca dio a éste la gran ocasión de dar rienda suelta a su voraz pasión por la lectura.

Sobre la permanencia de Rubén en la Biblioteca Nacional, el profesor Torres nos narra lo siguiente: *“La Biblioteca había sido enriquecida con la estupenda Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira y la Biblioteca Clásica de Luis Najarro, ambas publicadas en Madrid. Rubén, lee todos los prólogos de la serie de clásicos y muchas de las obras, y muchos también de los autores greco-latinos. La Biblioteca es su única escuela de humanidades y la aprovecha al máximo”... La lectura de los clásicos castellanos ocupa sus mejores horas...” “Se detiene en Góngora más que en ningún otro”.*

Por esa época, y aprovechando la circunstancia de que el Director de la Biblioteca, Antonino Aragón es también profesor de francés, inglés e italiano y buen conocedor del latín, Rubén se inicia en el estudio serio del francés, del inglés y un poco del latín. Acomete, junto con su profesor, la traducción de varios textos franceses, entre ellos uno de su siempre admirado Víctor Hugo. Con su recién adquirido dominio del francés escrito, o bien en versiones al español, Rubén lee las obras de muchos autores franceses, entre ellos Víctor Hugo, Musset, Gautier, Delavigne, Vigny, los parnasianos y los simbolistas, siendo sus preferidos, entonces, Teófilo Gautier y Catulle Mendès.

Si bien el propio Rubén alguna vez dijo que su francés era “precario”, de seguro se refería al francés hablado, puesto que su capacidad para leerlo y escribirlo era aceptable, incluso antes de su viaje a Chile en 1886. A quienes han puesto en duda el dominio de Darío del francés, Luis Alberto Cabrales los refuta señalando que los matices delicados de una lengua no pueden ser asimilados “*sin un conocimiento, no superficial, sino bien a fondo y a lo largo*”. Y nadie como Rubén conoció mejor los matices de la lengua francesa, con los que, precisamente, renovó la poesía y la prosa en español. Pese al hecho de que Rubén viajó a Chile a los diecinueve años de edad, sin haber concluido siquiera los estudios de secundaria, su preparación literaria era para entonces extraordinaria, gracias a su enorme esfuerzo autodidacta y al estímulo de amigos como Modesto Barrios y Antonino Aragón. A éstos debemos agregar el nombre del salvadoreño Francisco Gavidia, quien durante la primera visita del joven Darío a El Salvador (1882), llama su atención sobre las posibilidades del verso alejandrino francés, susceptible de enriquecer la armonía del monótono alejandrino español mediante una distinta distribución de los acentos y cesuras.

Eduardo Zepeda-Henríquez, en su ensayo “La formación francesa de Darío en la Biblioteca Nacional”, asegura que “*la Biblioteca Nacional de Nicaragua fue la primera escuela de Modernismo de Darío, y no la biblioteca del periódico chileno “La Época”, ni la de Pedro Balmaceda Toro, en el Palacio de la Moneda, de Santiago*”. Nada mejor para describir el autodidactismo de Darío que la opinión del Profesor Fidel Coloma: “*Darío adquiere sus conocimientos a través de los libros. También a través de periódicos y revistas*”... “*Lo cierto es que sus amigos le reprochaban tempranamente su conducta displicente. A algunos les parece que no trabaja, que vive en las nubes, en forma errática. Sin embargo, Darío trabaja, estudia, crea. Pero de acuerdo con sus propias normas, sus propias disciplinas, imperceptibles para los demás*”.

6

MUJERES EN SU VIDA

En Rubén Darío los sentimientos amorosos despertaron muy temprano. Su sensualidad afloró hacia los 13 años, cuando en la casa de la tía-abuela Bernarda se enamoró de una prima lejana suya, a quien él da el nombre de Inés en su cuento “Palomas blancas y garzas morenas” de *Azul...* “Inés despertó en mí los primeros deseos sensuales”.

Pero, la mujer que despertó en Darío una pasión erótica fue la adolescente norteamericana Hortensia Buislay. Ella era una niña trapecista que trabajaba en un circo. Rubén asistía a las funciones todas las noches. Como no tenía dinero para pagar la entrada se unía a los músicos. Cuando el circo levanta su carpa y se va de León, Rubén quiere irse con el circo para estar cerca de Hortensia.

A los 14 años Darío se traslada a Managua. Ya es famoso y le llaman el “poeta-niño”. Se hospeda en casa del Dr. Modesto Barrios, quien le lleva a las fiestas y tertulias literarias de la vieja Managua. En una de ellas conoce a Rosario Emelina Murillo Rivas. Es una niña de unos 12 ó 13 años, alta y esbelta. Rosario cantaba y tocaba muy bien el piano. Para Rubén, ella era la encarnación de la diosa “Afrodita”, diosa de la belleza y el amor. Se enamora locamente de ella. De Rosario recibe Rubén “el primer beso de labios de mujer”.

Rubén está decidido a casarse con Rosario. Sus amigos lo embarcan rumbo a El Salvador. Pocos meses después, regresa de El Salvador y reanuda su noviazgo con Rosario, a quien en el cuento de “Azul” llama “garza morena”. Sin embargo, llega a sus oídos algo que ha ocurrido con Rosario durante su ausencia. Rubén sufre “la mayor desilusión que pueda sufrir un hombre enamorado”. Entonces decide irse del país. Le aconsejan que se vaya a Chile. Tiene apenas 19 años de edad.

En otro viaje a El Salvador, el Presidente Meléndez lo nombra director del diario “La Unión”. Darío visita el hogar de doña Manuela Cañas viuda de Alvaro Contreras. Doña Manuela tiene dos hijas: Rafaela y Julia. Julia se casa con Ricardo Trigueros, hijo de un rico banquero. Darío se enamora de Rafaela. Rafaela es una joven de baja estatura, cabello castaño, grandes ojos negros y tez morena, graciosa y con un gran don de simpatía. Rafaela es escritora, es-

cribe cuentos modernistas con el seudónimo “Stella”. Son cuentos de estilo modernista y Darío los publica sin saber que Rafaela es la autora.

El 21 de junio de 1890 Rubén y Rafaela contraen matrimonio civil en San Salvador. Esa noche hay una fiesta en la Casa Presidencial y se produce una rebelión militar. El Presidente Meléndez, protector de Darío, cae muerto de un infarto. Rubén sale para Guatemala. El Presidente de Guatemala, general Barillas, le nombra Director de “El Correo de la tarde”. Llega Rafaela y se celebra la boda religiosa en Guatemala.

Los recién casados deciden trasladarse a Costa Rica, donde nace su primogénito: Rubén Darío Contreras. Después de cumplir una misión en España, Darío regresa a Nicaragua y estando en León, en enero de 1893, recibe la infausta noticia de que su esposa Rafaela está gravemente enferma en San Salvador. Darío tiene la corazonada de que ella ha muerto.

Rubén se recupera de la tragedia, se traslada a Managua. Paseando en coche ve en la puerta de su casa a Rosario Murillo. Reanudan el noviazgo a los escasos dos meses de la muerte de Rafaela. En marzo de 1893 se casa con Rosario Murillo, bajo la amenaza de Andrés Murillo, hermano de Rosario, en una “historia de violencia y engaño”, como dice Rubén en su autobiografía.

Rubén pasa a España en 1898. En el verano de 1899 conoce a Francisca Sánchez del Pozo, campesina española analfabeta, hija del jardinero de la Casa de Campo en Navalsáuz de los reyes de España. Francisca tiene 24 años. Rubén la visita varias veces y, finalmente, le propone que se venga a Madrid a vivir con él. Ella acepta. Será la compañera de Rubén en España y Francia por varios años. Fue esta la relación sentimental más estable de Darío. Francisca fue su “lazarillo de Dios en mi sendero”.

7

DARÍO EN CHILE: AZUL...

Azul... es un libro que todo nicaragüense debería leer. Debería ser de lectura obligatoria en todos los colegios del país. La primera edición de "Azul...", que Darío califica como su libro "primigenio" se publicó en Valparaíso, Chile, en 1888.

El libro comprende tres secciones: la primera compuesta de nueve cuentos, la segunda, intitulada "En Chile" incluye "Álbum porteño" y "Álbum santiagués"; con seis descripciones o cuadros en prosa de paisajes chilenos; y la tercera seis poemas bajo el título "El Año Lírico".

Dejemos que sea el propio Rubén quien nos señale, en su breve "*Historia de mis libros*" (1913) la importancia de "Azul..." en el movimiento de renovación literaria que él encabezó. Para Darío "Azul..." es una obra que contiene la flor de su juventud "que exterioriza la íntima poesía de las primeras ilusiones y que está impregnada de amor al arte y de amor al amor". Fue el libro, sigue Darío, que "iniciara el movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias"... "Si "Azul..." simboliza el comienzo de mi primavera, y "Prosas Profanas" mi primavera plena, "Cantos de Vida y Esperanza" encierra las esencias y savias de mi otoño".

Cuando se publica "Azul..." en Valparaíso, Rubén tenía apenas 21 años. Había llegado a Chile en 1886, a los 19 años de edad, tras sufrir en su país natal "la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado", como nos revela en su autobiografía. "Vete a Chile a nado, aunque te ahogues en el camino", le había recomendado su amigo, el General salvadoreño Juan José Cañas, hombre ilustrado exiliado entonces en Nicaragua. Incluso, Cañas le dio cartas de recomendación para Eduardo Poirier y Eduardo McClure, influyentes en el periodismo chileno. Chile se encontraba en una etapa de gran crecimiento económico gracias al auge de la minería y el comercio, lo que había generado una mentalidad mercantil y burguesa en la alta sociedad chilena, pero con gusto por la literatura y los refinamientos.

Darío reside primero en Valparaíso y sobrevive de artículos que envía a los diarios. Lee mucho en la biblioteca de Eduardo de la Barra, el futuro prologuista de AZUL. Permanece dos meses en Val-

paraíso y en agosto se traslada a Santiago, hasta febrero de 1887. Trabaja en el periódico “La Época” de Eduardo McClure, en el que publica la mayoría de los cuentos que luego incluirá en “Azul...”.

En diciembre de 1886, seis meses después de llegar a Chile, publica su cuento “El pájaro azul”, que luego figurará en “Azul...”, y que es una especie de retrato de la sociedad burguesa de la época y su menosprecio por los poetas, aunque el poeta del cuento de Darío vive en un París imaginario. Darío refleja en este cuento lo que significó para él, un joven casi desconocido, poeta y pobre, el contacto con la vida urbana. La ciudad de Santiago, comparada con León o Managua era para él una gran ciudad, con ambiciones cosmopolitas.

El mundo exótico de “Azul...” no es artificioso, como sostienen algunos críticos. Proviene del contacto de Darío con el lujo y el gusto exquisito de sus amistades chilenas, principalmente Pedro Balmaceda Toro, hijo del Presidente de Chile José Manuel Balmaceda (1886-1891).

¿Cómo fue recibido “Azul...” en Chile? No fue un éxito de ventas. La prensa chilena lo trató con cierta indiferencia, hasta la publicación de las famosas cartas de Juan Valera, dadas a conocer en “El Imparcial” de Madrid. Valera, era en ese entonces, el más respetado crítico literario de España. Al principio, el público que más se interesó en la lectura de “Azul...” fue el público femenino, aunque Rubén no lo publicó con esa intención.

Conseguir una crítica elogiosa de Juan Valera suponía “alcanzar la gloria de un solo golpe”, afirma Alberto Ghirardo, compilador de unas Obras Completas de Darío. Para Darío, desde entonces, fueron sus mejores cartas de presentación ante el mundo literario de España e Hispanoamérica. Fue el espaldarazo definitivo y autorizado que necesitaba y su primera proyección internacional. La edición, que se venía vendiendo muy lentamente en Chile, pronto se agotó.

8

**“AZUL...”: PUERTA DE ENTRADA
DEL MODERNISMO**

La primera edición de “Azul...”, que Darío califica como su libro “primigenio”, es decir, como su primer libro, se publicó en Valparaíso, Chile, en 1888. Para costear la edición sus entrañables amigos chilenos, Eduardo Poirier y Eduardo de la Barra, hicieron una suscripción entre sus amistades.

Cabe destacar la trascendencia que este libro tiene en el conjunto de la obra dariana. “Azul...”, como lo han advertido algunos críticos, es la puerta de entrada de Hispanoamérica en la Modernidad. Dejemos que sea el propio Rubén quien nos señale, en su breve “*Historia de mis libros*” (1913) la importancia de “Azul...” en el movimiento de renovación literaria que él encabezó. Para Darío “Azul...”, es el libro que “iniciara el movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias”...

El lenguaje de “Azul...” y el mundo de “Azul...” se convierten, sostienen algunos críticos, en una transfiguración de la persona de su autor, de su identidad personal, puesta en contacto con un ambiente que él no había conocido antes ni en Nicaragua ni en El Salvador.

¿Cuál es el origen del título del libro?, ¿Por qué Azul? “*L’art c’est l’azur*”, es una frase de Víctor Hugo que sirve de epígrafe al prólogo de De la Barra. Más tarde, Darío dirá, en “*Historia de mis libros*” (1913), que esa frase él no la conocía cuando tomó la decisión, pero sí la había visto en otros autores franceses. “El Azul era para mí, nos dice, el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico y firmamental”... “Concentré en ese color célico la floración espiritual de mi primavera artística”.

Miguel Ángel Asturias especula que el color azul le recordó a Darío el azul natural de las aguas y cielos de su Nicaragua natal y significó un retorno inconsciente a su infancia. En cambio, al crítico Juan Valera el título “Azul...” le llevó a ver el libro, en un principio, con cierto desdén.

La segunda edición de “Azul...” se publicó en Guatemala, en octubre de 1890. Darío aspiraba, con esta segunda edición tan enriquecida, a que se le reconociera sin discusión como el jefe de la nueva

corriente literaria: el Modernismo. Los nuevos cuentos siguieron el mismo estilo de los anteriores. Donde Darío innova es en los versos, con diferencias cualitativas importantes. Los "Medallones", los "Sonetos Áureos" y "A un poeta", revelan un versificador distinto, menos castizo que el de "El Año Lírico". Así Rubén probaba que su capacidad renovadora no se limitaba a la prosa. La segunda edición de "Azul...", para Rubén, debía trazar una línea de separación más clara con toda la literatura española anterior y consagrarle como el artífice de esa ruptura.

Hay en *Azul...* una gran influencia de los decadentes y parnasianos franceses, principalmente de estos. La mezcla incluso, con cierto clasicismo en la parte en verso, le confiere su propia identidad. Darío lo califica como un libro parnasiano y rechaza el calificativo de "decadente". En Darío, nada es improvisado. Toda decisión estética es parte de su gran proyecto literario de renovar la lengua y la literatura en español.

Cabe señalar que, antes de la muerte de Darío, se publicaron 5 ediciones de "Azul...". En las últimas ediciones, Darío suprimió el prólogo de Eduardo de la Barra y dejó solo las cartas de Valera. La edición definitiva es la de 1905. Se estima que hasta la fecha se han publicado centenares de ediciones de "Azul...". Ha sido traducido al alemán y al italiano.

"Azul..." fue, pues, el punto de arranque de lo que Darío llegaría a significar en la literatura escrita en español. Más tarde, con "*Prosas Profanas*", "*Cantos de Vida y Esperanza*", "*El Canto Errante*" y el "*Poema del otoño*", Rubén daría al idioma español uno de los aportes más originales y valiosos, al punto que Jaime Torres Bodet rotundamente afirma: "Desde Góngora, nadie ha descubierto, en nuestro idioma, el sortilegio de ciertos vocablos, como Darío lo hizo en horas cimeras de su creación".

9

DARÍO EN ARGENTINA

El 13 de agosto de 1893, a los veintiséis años de edad, llega Darío a Buenos Aires, para dar principio a una de las etapas más fecundas y definitorias de su vida literaria. La de Darío en Buenos Aires “fue la más larga parada que hizo en su vida errante (1893-1898), después de su primera salida en 1885...”

“Y heme aquí, por fin, escribe Darío en su autobiografía, en la ansiada ciudad de Buenos Aires, adonde tanto había soñado llegar desde mi permanencia en Chile”.

Como no habían relaciones comerciales entre Argentina y Colombia, el Consulado de Colombia no le quita tiempo para sus quehaceres literarios, a los que se dedica de lleno. La noticia de su presencia en Buenos Aires circula en los medios intelectuales. Su nombramiento como Cónsul de Colombia se lo debió al presidente colombiano Rafael Núñez, benefactor y admirador del joven poeta nicaragüense.

Darío comienza a publicar sus semblanzas de los poetas parnasianos y simbolistas franceses. Cada semblanza es una campanada que suena a grata convocatoria para unos, y a escándalo para otros. En esas páginas quedan los testimonios de sus copiosas lecturas y de su capacidad crítica, y si su entusiasmo va a veces más allá de los merecimientos del sujeto, ese entusiasmo cumple la función fecundadora de la lluvia en el suelo de las almas jóvenes, que están ávidas de renovación.

Como *La Nación* no acostumbra publicar versos, Darío selecciona la *Revista Nacional*, que dirige Carlos Vega Belgrano para publicar, en un tono “enteramente nuevo en nuestro idioma”, el poema que sintetiza su credo literario, sus afanes de renovación lírica: “*Era un aire suave...*”

De este poema el propio Darío dirá lo siguiente: “*Era un aire suave...*, fue escrita en edad de ilusiones y de sueños y evocada en esta ciudad práctica y activa...” Y en su *Historia de mis libros*, Darío agrega: “En *Era un aire suave...*, que es un aire suave, sigo el precepto del Arte poético de Verlaine: “*De la musique avant toute chose*”.

Pese a su juventud, Darío no era un desconocido en los ambientes literarios y periodísticos de la gran urbe. Para entonces, ya había publicado *Epístolas y poemas - Primeras notas* (1885), *Abrojos* (1887), *Canto épico a las glorias de Chile* (1887), *Otoñales* (Rimas) (1887), y, particularmente, *Azul...*, (1888), hasta entonces su obra más conocida y que él mismo había remitido a algunos amigos suyos en Buenos Aires.

Durante el lustro que vivió en Buenos Aires, Darío se incorporó activamente a la vida literaria de la ciudad; frecuenta "*El Ateneo*", por entonces la más importante institución cultural de la ciudad; colabora en las más prestigiosas revistas literarias y en los principales diarios; dicta conferencias; edita la "*Revista de América*", en compañía de su amigo el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre.

Vamos a referirnos, únicamente a algunos de los aspectos más sobresalientes del discurrir vital y artístico de Rubén en la gran Cosmópolis. Estos fueron: a) Su relación con el diario *La Nación*; b) La publicación de la *Revista de América*; c) Sus amistades literarias en Buenos Aires; y d) La importancia de las composiciones, escritos y libros que vieron la luz pública durante su permanencia en la capital argentina. La publicación de *Los Raros* (1896) y *Prosas Profanas* (1896-97), que circularon casi simultáneamente, son los dos aportes mayores de Rubén al movimiento Modernista.

La mayoría de las semblanzas de los artistas incluidos en *Los Raros* ya habían sido publicadas en *La Nación*. Rubén les da luego forma de libro para ampliar su difusión e impacto, desde luego que dar a conocer estos "raros", cuya originalidad les hacía ser poetas o escritores fuera de lo común, le permitía enfatizar sobre sus propios principios estéticos sin necesidad de elaborar un manifiesto, como era la moda de entonces. *Prosas Profanas* es el libro modernista por excelencia de Rubén y señala la culminación de la primera etapa en el desarrollo de su obra literaria y también de su madurez poética.

Darío consideró a la Argentina como su segunda patria: "Si, es verdad y afirmo aquí entre paisanos, mi segunda patria es la Argentina, es decir, mi patria espiritual".

10

IMPORTANCIA DE “LOS RAROS” DE DARÍO

Pese a la importancia que este libro tiene en el conjunto de la obra dariana y su enorme influencia en los años iniciales de la renovación modernista, LOS RAROS es una de las obras de Rubén menos estudiada por los críticos. Su difusión no puede compararse a la de *Azul... Prosas Profanas y Cantos de Vida y Esperanza*. En vida de Darío sólo se publicaron dos ediciones (1896 y 1905). Los estudiosos darianos aseguran que hasta la fecha no pasan de una docena las ediciones que ha tenido este libro memorable.

Y sin embargo, se trata de un libro de gran significación. Enrique Anderson Imbert esgrime cuatro razones para otorgar a LOS RAROS la categoría de **libro clave**: “La primera -no la mayor- porque nos deja ver a Darío en el acto de levantar un mapa en relieve de la cultura tal como la exploró entre 1893 y 1896. La segunda razón por la que LOS RAROS es libro capital está en los méritos de su prosa artística. La tercera razón es que gracias a sus juicios y citas podemos correlacionar estas páginas con los poemas coetáneos y hasta localizar algunas fuentes precisas. Y la cuarta razón -no la menor- es que en LOS RAROS encontramos, implícita, indirecta, la teoría estética de Darío.”

El libro está compuesto por 19 capítulos que corresponden, en su mayoría, a artículos publicados por Rubén en *La Nación* de Buenos Aires entre 1893, año de su arribo a Buenos Aires, y 1896. El propio Darío dice en el prólogo que fueron extraídos por Ángel de Estrada y Miguel Escalada “del bosque espeso de “La Nación”. Dice Rubén: “Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención. En la evolución natural de mi pensamiento, el fondo ha quedado siempre el mismo. Confesaré, no obstante, que me he acercado a algunos de mis ídolos de antaño y he reconocido más de un engaño de mi manera de pensar”.

La lista de “raros” incluidos en la Edición Príncipe es la siguiente: I. Leconte de Lisle. II. Paul Verlaine. III. El Conde Matías Augusto de Villiers de L'Isle Adam. IV. León Bloy. V. Jean Richepin. VI. Jean Moreas. VII. Rachilde. VIII. Teodoro Hannon. IX. El Conde de Lautréamont. X. Max Nordau. XI. George D'Esparbes. XII. Augusto de Armas. XIII. Laurent Tailhade. XIV. Fra Domenico Cavalca. XV.

Edouard Dufus. XVI. Edgard Allan Poe. XVII Ibsen. XVIII. José Martí. XIX. Eugenio de Castro.

Varias veces, el propio Darío, explicó el concepto de “raro” que utilizó para seleccionar a los autores incluidos en su libro y decidir la exclusión de otros que aspiraban a figurar en él, o que podían haber encontrado sitio en la nómina definitiva de sus “raros”.

Si bien sus amigos Estrada y Escalada recopilaron los artículos destinados a aparecer en el libro, la selección final la hizo el propio Darío, desde luego que no se trataba de publicar una simple recopilación de artículos. La obra forma parte importante del proyecto literario que Rubén se propuso y, por lo mismo, debía tener un sentido y una coherencia, que sólo Darío podía dársela.

La primera explicación sobre el criterio de su selección la ofreció Darío en su artículo “Los colores del estandarte”, réplica a la crítica de Paul Groussac a LOS RAROS. Y es que su famosa galería de “raros” motivó varias críticas por la aparente falta de homogeneidad entre los autores incluidos. ¿Qué afinidad o similitud, se preguntaban los críticos, podía hacer, por ejemplo, entre el loco Lautréamont y José Martí? Rubén creyó oportuno explicarse: “Los Raros son presentaciones de diversos tipos, inconfundibles, anormales; un hierofante olímpico, o un endemoniado, o un monstruo, o simplemente un escritor como D’Esparbes, que da una nota sobresaliente y original...” “Elegí los que me gustaron para el alambique”...

De PROSAS PROFANAS y LOS RAROS puede decirse, con Juan Loveluck, que son “obras claves en la historia de la evolución estética” de Darío. LOS RAROS es el antecedente obligado, el preámbulo indispensable de PROSAS PROFANAS, el otro gran libro modernista de Rubén. Gracias a ellos Rubén se convirtió en el portaestandarte y jefe indiscutible del más original movimiento literario que ha tenido lugar en las letras españolas.

11

**“PROSAS PROFANAS”: EL LIBRO MODERNISTA
POR EXCELENCIA DE DARÍO**

La publicación del nuevo libro de Rubén fue costeadada por su amigo Carlos Vega Belgrano, nieto del prócer argentino general Manuel Belgrano, Presidente de “*El Ateneo*” de Buenos Aires y director del periódico “*El Tiempo*”.

Los treinta y tres poemas de la primera edición ocupan 176 páginas, nítidamente impresas. La segunda edición apareció en París, en 1901, publicada por la Librería de la Vda. de C. Bouret, con un agregado de 21 poesías distribuidas en tres nuevas secciones: *Cosas del Cid*, *Dezires*, *Layes y Canciones*, y *Las ánforas de Epicuro*. La segunda edición lleva como introducción el estupendo estudio escrito por José Enrique Rodó, pero sin la firma del autor por una imperdonable omisión del editor, error enmendado después en la tercera edición hecha por el mismo impresor.

Pero, mientras la primera edición de *Los Raros* se agotó en quince días, *Prosas Profanas* no fue un éxito editorial inmediato: los quinientos ejemplares de la primera edición tardaron años en venderse. El título del libro desconcertó a muchos, incluso a algunos críticos academizantes que lo consideraron una antífrasis inadmisibile. ¿Por qué llamar *Prosas* a una colección de poemas? ¿Capricho del autor? ¿Afán de llamar la atención? Estos comentarios hacían sonreír a Rubén, seguro de su hallazgo. En su *Autobiografía* Rubén nos dice que quienes se escandalizaron por el título se olvidaron de las prosas latinas de la Iglesia, algo que si advirtió el gran crítico uruguayo José Enrique Rodó, quien celebró el acierto de Darío.

En las *Palabras Liminares* del poemario Darío nos dio la clave del nombre “Yo he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antífonas, mis secuencias, mis prosas profanas”. Pertenecen a *Prosas Profanas* varias de las más celebradas poesías de Rubén, como “Era un aire suave”, “Sonatina”, “Blasón”, “Margarita”, “Ite missa est”, “Coloquio de los Centauros”, “Año Nuevo”, “Responso”, (Verlaine) y “Yo persigo una forma”. No es el propósito de este artículo analizar las composiciones incluidas en este breviarario modernista. Nuestro propósito es, más bien, subrayar la importancia que *Prosas Profanas* tiene en el conjunto de la obra dariana y el impacto que provocó su aparición a principios de 1897.

Cuando apareció *Prosas Profanas*, Rubén Darío tenía treinta años de edad. Había llegado a Buenos Aires en agosto de 1893 y, para entonces, era ya el portaestandarte indiscutible del Modernismo, la nueva escuela literaria surgida en la América hispana.

El prestigio de Rubén, después de *Azul...* y de *Los Raros* era tal que, muchas “voces insinuantes” solicitaron de él un *manifiesto*, que explicitara el nuevo credo literario. Rubén no lo consideró “ni fructuoso ni oportuno”. En las *Palabras Liminares* de *Prosas Profanas* dio sus razones. Rubén esgrimió como argumento principal el siguiente: “proclamando como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción”. Y agrega: “mi literatura es *mía* en *mí*; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y paje o esclavo, no podrá ocultar su sello o librea”.

El desafiante título del libro, lo provocativo de sus “*Palabras Liminares*”, las numerosas innovaciones métricas y rítmicas plasmadas en sus poemas y lo exótico de la mayoría de sus temas, hicieron de *Prosas Profanas* una verdadera piedra de escándalo. Rubén estaba perfectamente consciente de “la gritería de trescientasocas” que iba a provocar su poemario. De eso precisamente se trataba: de lanzar el grito de la revolución literaria. Y él era el indicado para hacerlo.

Y es que *Prosas Profanas* “es la obra señera de la lucha”, afirma el Profesor Edelberto Torres; es “libro de combate”, agrega el Profesor Guillermo Rothschuh Tablada, que “aspira a presentar en forma concreta las características de la nueva escuela, bajo cuyo pórtico ingresarán los mejores”. ***Prosas Profanas*** es el libro modernista por excelencia de Rubén, la “primavera plena” del movimiento renovador de la lengua que a Darío le correspondió encabezar y que dio un perfil propio a las letras hispanoamericanas. Federico de Onís sostiene que *Prosas Profanas* “señala la plena realización del arte nuevo y sobre él se dio la batalla capital de la revolución literaria que se llamó Modernismo y que se extendió por todo el mundo”.

12

DARÍO Y LA “GENERACIÓN DEL ‘98”

Las relaciones de Rubén Darío con la España de 1898, y particularmente con la llamada “Generación del 98”, es uno de los temas que más interés despierta a la crítica literaria, a los biógrafos y estudiosos darianos.

El tema incluye el polémico aspecto de las relaciones entre la Generación del 98 y el Modernismo, debate que pareciera extenderse hasta nuestros días. En primer lugar, quizás corresponda definir qué se entiende, en literatura, por “generación”. ¿Existen, realmente, las “generaciones literarias”? Si la respuesta es positiva, ¿cuáles son los elementos que caracterizan a la llamada “Generación del 98”?

En la síntesis que nos ofrece Juan Chabás, las condiciones que deben darse en los hombres que integran una generación serían las siguientes: a) nacimientos en torno a una fecha (época o “zona de fechas”, según Ortega y Gasset); b) coincidencia de elementos formativos; c) contorno social similar; d) “experiencia generacional”: el “Desastre del 98” para la generación del 98, el centenario de Góngora para la del 27; e) caudillaje (en toda generación se da una figura principal); f) lenguaje generacional; y g) parálisis de la generación anterior, frente a la cual precisamente se perfila la nueva generación.

Chabás se pregunta si estas características se dan en la generación del 98 y su tiempo. Su respuesta es positiva: “La Generación del 98 es un complejo espiritual unitario, que irrumpe en la vida española en la misma fecha, señalada catastróficamente por la pérdida de las colonias, por un gran desastre de la política española borbónica. Los principales escritores de esa generación tienen preocupaciones comunes y una formación cultural semejante”.

Fue durante su viaje a España en 1898 que Darío estrechó sus relaciones literarias con los jóvenes escritores que más tarde serían reconocidos como la “Generación del 98”. Cabe, sin embargo advertir que, por ese entonces, nadie hablaba de la “Generación del 98”, expresión que comenzó a utilizarse hasta quince años después, a raíz de los cuatro artículos de Azorín sobre “La Generación del 98” publicados en el ABC de Madrid.

Si bien la influencia de Rubén sobre las letras españolas podríamos decir que se inicia desde su primer viaje a España con el poema "*Pórtico*" que escribió para que sirviera de prólogo al poemario "*En Tropel*" de su amigo Salvador Rueda, fue en este su segundo viaje cuando su influencia se hizo sentir de una manera definitiva. Para entonces, Rubén ya ha publicado "*Azul...*", "*Los Raros*" y "*Prosas Profanas*". Su condición de Jefe del Movimiento Modernista hispanoamericano nadie la discute. Es con estas credenciales que desembarca en Barcelona el 22 de diciembre de 1898. El primero de enero de 1899 ya está en Madrid, dispuesto a reflejar en sus tres crónicas mensuales para *La Nación* de Buenos Aires la situación de la España del 98, en todos sus aspectos, crónicas que luego Darío recogió en su libro "*España contemporánea*".

La Generación del 98 y el Modernismo son dos movimientos literarios estrechamente vinculados. Sin embargo, la relación entre ambos ha sido objeto de una prolongada discusión.

Pedro Salinas sostiene que si bien ambos movimientos nacen de una misma actitud: la insatisfacción con el estado de la literatura en aquella época y la tendencia a rebelarse contra las estéticas imperantes, hay una diferencia de propósitos y tono. El modernismo hispanoamericano, dice, buscaba la transformación del lenguaje poético y de su arsenal expresivo. El propósito de la Generación del 98 no era simplemente esteticista, sino más general: "aspiraba a conmover hasta sus cimientos la conciencia nacional, llegando hasta las mismas raíces de la vida espiritual", en busca de "la verdad de España".

En conclusión, creemos que el Modernismo influyó decisivamente, gracias en particular a Darío, en los hombres del 98. Cuando el movimiento se amaneró, vicio que el propio Rubén denunció, los escritores del 98 buscaron nuevas formas "de hondura y significación espirituales", pero sin renunciar a los mejores aciertos del movimiento. Modernismo y Generación del 98 no fueron, entonces, fenómenos opuestos o tendencias antagónicas, a como nos lo presenta Díaz-Plaja en su ensayo "*Modernismo frente a 98*", sino dos manifestaciones literarias que compartieron un afán común de renovación y cambio.

13

“ESPAÑA CONTEMPORÁNEA” Y “PEREGRINACIONES”

Gracias a la relación que durante toda su vida mantuvo con La Nación de Buenos Aires, Darío fue un periodista profesional, nuestro primer periodista profesional. Sus correspondencias para dicho diario fueron su único medio estable de subsistencia, pues, cuando desempeñó cargos diplomáticos para su patria los salarios nunca fueron adecuados y generalmente se le enviaron con gran retraso. Tampoco Darío hubiera podido subsistir con el producto de sus derechos de autor. Tuvo la mala suerte de tratar con editores taños.

Pese a que en su obra *“Historia de mis libros”* Darío afirma que la “carencia de una fortuna básica me obligaba a trabajar periodísticamente”, Rubén tenía un alto concepto del periodismo. No es así extraño que las crónicas y artículos que enviaba a La Nación dieran luego contenido a varios de sus libros. Muchas de esas correspondencias integraron volúmenes acogidos con aplauso por la crítica, pues Darío periodista es siempre Darío artista. El poeta en Darío no puede ni debe oscurecer al prosista.

Además de nombrarle su corresponsal, La Nación le distinguió con misiones especiales. Es así como Darío viajó, en diciembre de 1898, a España para informar a los lectores de La Nación sobre la situación en que había quedado España después de su derrota ante los Estados Unidos. Rubén elevó la calidad y profundidad de la crónica y del reportaje periodístico y cumplió su misión con mucho profesionalismo. Sus correspondencias sobre la situación de España fueron verdaderos ensayos, cuidadosamente preparados y documentados, sobre los más variados aspectos de la vida española de fin de siglo. Más tarde editaría estas crónicas en un libro bajo el título *“España Contemporánea”* (1901).

Este libro de Rubén mereció los elogios de la crítica desde el momento mismo de su aparición. Noel Rivas Bravo, en su estudio preliminar a la edición crítica, observa que el libro recibió la atención cuidadosa de varios escritores representativos de la España finisecular. Menciona, entre ellos, los comentarios elogiosos de Emilia Pardo Bazán y la crítica de Leopoldo Alas, “Clarín”. Luis Bonafoux comentó lo siguiente: “Como literato, Rubén Darío tiene un nombre envidiable en América y es tan conocido como estimado

en España. Como periodista, yo no le conocía. Su "*España contemporánea*" es una sarta de crónicas, atildadas de forma, eruditas de fondo, crónicas en que la prosa de la actualidad no consigue desvanecer la poesía del artista"... El 98 español tiene en Rubén su más agudo observador.

En 1900, con motivo de la Exposición Universal que se celebró en París, Darío fue enviado por La Nación a dicha ciudad para "cubrir el evento", como dicen los periodistas ahora.

"*Peregrinaciones*", es otro libro de crónicas de Darío. Su primera parte está compuesta por las remitidas a La Nación sobre sus visitas a la Exposición. Agregó otras crónicas, casi todas ellas escritas en 1900, sobre temas que tienen que ver con la vida y sitios de la Ciudad Luz, tan admirada por el poeta. En la Exposición Darío admira, a la vez, la aventura imaginativa de su moderna arquitectura y los grandes progresos de la ciencia y la tecnología, de que hace gala la Exposición, donde se dan cita todas las culturas del mundo.

Además de las crónicas sobre sus visitas a los principales pabellones, Rubén incluye en el libro su estupendo estudio sobre el escultor francés Rodin. Su juicio sobre Rodin fue certero, a diferencia de lo que le sucedió algunas veces al juzgar a los artistas plásticos de su época. Incorporó otro artículo sobre el escritor irlandés Oscar Wilde, a quién Rubén conoció personalmente en París, cuando éste ya no era más que un despojo humano después de su enjuiciamiento y encarcelamiento en Inglaterra a causa de su homosexualidad. La obra literaria de Wilde era admirada por Rubén: "es de un mérito artístico eminente" afirma, y su tragedia humana le provoca conmiseración.

¿Qué piensa la crítica contemporánea del libro *Peregrinaciones*? Basta con reproducir aquí el juicio de Anderson Imbert: "Otra vez: buena prosa periodística. En el punto más alto, sobre todo cuando escribe sobre museos y reflexiona sobre alegorías, mitos o ideas más o menos filosóficas, el lector siente que ahí hay una vibración afín a la de poemas que escribió en los mismos años".

14

**“CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA”:
OBRA CUMBRE DE DARÍO**

Cuando “*Cantos de Vida y Esperanza. Los Cisnes y otros poemas*” comenzó a circular, hacia fines del mes de junio del año 1905, su publicación fue el acontecimiento literario del año en Madrid por la cantidad de elogios que recibió de los mejores críticos de la época. También se produjeron algunas críticas adversas, provenientes de los sectores más recalcitrantes de la literatura española.

El éxito del libro contrasta con las dificultades que debió enfrentar Darío para su publicación. Por más de un año sus amigos, los poetas Juan Ramón Jiménez y Gregorio Martínez Sierra, por encargo de Darío, buscaron inútilmente un editor sin encontrar ninguno que manifestara interés por el libro. Pero sucedió que, a principios del año 1905, Rubén recibió un cheque por 6.000 francos del gobierno de Nicaragua, la mayor suma que de su gobierno recibió Darío en toda su vida, por el desempeño del cargo de miembro de la Comisión nicaragüense que en Madrid defendió los derechos de Nicaragua en el litigio de fronteras con Honduras. En ese entonces, Darío era Cónsul de Nicaragua en París. Nos cuenta don Edelberto Torres en “*La dramática vida de Rubén Darío*”, que con ese dinero Darío decidió publicar sus “*Cantos de Vida y Esperanza*”. El costo de la edición de 500 ejemplares fue 816.15 pesetas. Rubén costó la edición de su propio bolsillo.

El joven poeta Juan Ramón Jiménez tuvo a su cuidado la edición, pero fue Rubén quien dijo la última palabra en cuanto a los poemas que se incorporaron y las secciones del libro. El libro está dedicado “*A Nicaragua. A la República Argentina*”. La sección de “*Cantos de Vida y Esperanza*” está dedicada a José Enrique Rodó. La sección “*Los Cisnes*” a Juan Ramón Jiménez y “*Otros poemas*” al doctor Adolfo Altamirano”. Esta sección es la más numerosa con 41 poemas. El Dr. Altamirano fue quien logró arrancarle al Presidente José Santos Zelaya el nombramiento de Darío como Cónsul en París, tras siete años de insistencia. Esta es la breve historia editorial de un libro que hoy está considerado como una de las obras maestras de la literatura española y universal.

Hay dos aspectos fundamentales en "*Cantos de Vida y Esperanza*" que cabe destacar. El primero de ellos comprende lo que podríamos llamar los poemas cívicos, donde Rubén se nos presenta como poeta de la raza, poeta de América y de España, verdadero vate que profetiza sobre el destino y el porvenir de las "ínclitas razas ubérrimas". Tales son los extraordinarios poemas "*Salutación del Optimista*", escrito en sonoros y heroicos hexámetros; "*Al Rey Oscar*", "*Cyrano en España*", la "*Marcha Triunfal*", "*Los Cisnes*" y "*A Roosevelt*". Estos cantos representan "el momento cenital de la lírica de Rubén". Hay en ellos una verdadera profesión de fe en el destino de los pueblos iberoamericanos, que en nuestros días adquiere nueva vigencia y actualidad. Porque, en un contexto diferente, siguen siendo válidas las ideas claves que inspiraron estos magníficos poemas de Darío. Los pueblos iberoamericanos encontrarán en la relectura de estos formidables poemas, un nuevo evangelio de esperanza, una reiteración en la necesidad de afirmarnos en nuestra identidad de pueblos mestizos, en nuestras raíces culturales, en nuestros propios valores, cuya dimensión universal Rubén cantó con maestría sin par.

La otra veta que encontramos en los *Cantos* es la intimista, la del "hombre que siente", como lo subrayó el propio Rubén. Es la angustia vital, las confidencias que aparecen en el poema con que se inicia el libro ("Yo soy aquel que ayer no más decía"), verdadera "autobiografía espiritual del poeta", según Oliver Belmás; y "una alta nota de la poesía en lengua española" según Ernesto Mejía Sánchez; los "Nocturnos", "Canción de otoño en primavera", que Andrés González-Blanco considera como "una de esas composiciones definitivas que sólo se encuentran en número de dos o tres en la obra de todo gran poeta". La obra concluye con el célebre poema "Lo fatal", que Gabriel García Márquez consideraba como la mejor poesía escrita en español y en cualquier otro idioma.

Si Darío hubiese escrito únicamente este libro portentoso, "*Cantos de Vida y Esperanza*", sería suficiente para consagrarlo como el más alto poeta en lengua española de todos los tiempos.

15

“EL CANTO ERRANTE”

En octubre de 1907, y cuando aún resonaban las críticas elogiosas que suscitó su obra cumbre *“Cantos de Vida y Esperanza”* (1905), Rubén Darío publicó en Madrid su libro *“El Canto errante”* (M. Pérez Villavicencio, Editor). Si bien “El Canto errante” no alcanza la altura y trascendencia de *“Cantos de Vida y Esperanza”*, la crítica dariana coincide en considerarlo como uno de los últimos grandes libros de Rubén, que no desdice del prestigio alcanzado por el Padre de “El Modernismo”.

El libro incluye varios de los poemas más famosos de Darío, escritos y publicados en diferentes fechas, y se caracteriza por la variedad de metros y por las innovaciones poéticas que introduce. Quizás sea uno de los libros de Darío que más novedades poéticas contemporáneas contiene. Al mismo pertenecen, por ejemplo, sus poesías: “A Colón” (1882), “Momotombo”, “Salutación al Águila”, “A Francia”, “Tutecotzimi”, “La bailarina de los pies desnudos”, “La canción de los pinos”, “Nocturno”, “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” y otros poemas.

En este artículo no vamos a referirnos a la parte poemática del libro que es estupenda, sino al célebre ensayo *“Dilucidaciones”* que Rubén utilizó como prólogo de *“El Canto Errante”*, por cuanto se trata de uno de los pocos trabajos en que Darío nos da a conocer sus ideas estéticas. Otro de ellos es *“Los colores del estandarte”*, en respuesta al comentario de Paul Groussac sobre sus libros *“Los Raros”* y *“Prosas Profanas”*.

El texto de este proemio o prólogo es el mismo del artículo que Rubén escribió para *“Los Lunes de El Imparcial”*, de Madrid, en respuesta a la invitación que se le hiciera para exponer sus ideas en relación con el arte y la literatura. Este texto se intituló primero *Dilucidaciones*, pasando luego a constituir el proemio de *El Canto errante*.

Edelberto Torres califica este prólogo como el “credo poético” de Rubén Darío, “la definición de su actitud y de su misión”. *“Estas dilucidaciones, agrega don Edelberto, son la exposición más completa que (Darío) ha hecho de sus ideas sobre los asuntos que más le atañen, incluso, por tanto, la forma poética”*.

Si bien es cierto que la aportación teórica de Rubén Darío, en cuanto a la formulación de una nueva estética, no es muy abundante, porque él mismo se negó a hacerlo, con todo, de sus escritos es posible extraer conceptos claros al respecto, aunque es obvio que el magisterio estético de Rubén está en su propia obra más que en los prólogos de sus libros que, en el mejor de los casos, como nos advierte Guillermo de Torre, constituyen *“una explicación marginal de su propia obra, sin adentrarse a fondo en la mutación de la lírica española e hispanoamericana experimentada durante su tiempo y, en buena parte, por su influjo”*.

En el proemio de *“El Canto Errante”* Darío comienza por responder a la proposición, surgida en las discusiones del Ateneo de Madrid con motivo del auge del versolibrismo, acerca de “si la forma poética está llamada a desaparecer”, si se identifica la poesía únicamente con la forma poética métrica: *“La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas, no desaparece bajo la gracia del sol”...* *“No. La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien, a extenderse, a modificarse, a seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía, y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores”...* Más adelante agrega, *...“No gusto de moldes nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música -música de las ideas, música del verbo-”...* *...“Resumo, escribe Darío, la poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte”... “El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia”*.

16

“POEMA DEL OTOÑO Y OTROS POEMAS”

Aún sin cumplir los cuarenta años, Darío comenzó a sentirse envejecido. Su mismo aspecto físico delataba los excesos de su bohemia. No es entonces extraño que su estado anímico se reflejara en sus poemas de esa época, impregnados de recuerdos de un pasado que le parecía perdido y lejano. Los recuerdos de su infancia, de su patria pequeña y distante, más la dolorosa experiencia vital que fue siempre su errabunda existencia, afloran en su poesía.

Dominado por la convicción de que se encontraba viviendo una vejez prematura, Darío da a la estampa las composiciones que integran su pequeño libro, de menos de cien páginas, que lleva por título “*Poema del otoño y otros poemas*”. Fue publicado en 1910, como parte de la Biblioteca “Ateneo” de Madrid, que dirigía el buen amigo de Rubén, Mariano Miguel de Val, a quien está dedicado el libro. De Val auxilió a Darío en momentos difíciles, como cuando le cedió gratuitamente un local de la Calle Serrano para que pudiera instalar allí la Legación de Nicaragua, en momentos en que Darío dejó de recibir las correspondientes asignaciones del gobierno de Nicaragua.

“Por su edad, nos dice Bernardino de Pantorba, el poeta no entraba aún en lo otoñal de su vida; pero él ya se veía y sentía en tales otoñeces”. “En el *Poema del Otoño*, nos advierte a su vez Jaime Torres Bodet, Rubén se inclina sobre sí mismo; ve lo que ha sido y por qué lo fue. Al hablar en voz baja con su conciencia, habla con la conciencia del mundo que ha descubierto”.

Para darle contenido, Darío incorporó a su libro “*Poema del Otoño*”, una sección intitulada *Intermezzo Tropical*, en la que figuran varias composiciones escritas durante su apoteósico retorno a Nicaragua en 1907, y que ya había publicado en su libro “*El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical*”, editado en 1909 por la Biblioteca de Autores Americanos de Madrid. (“*Mediodía*”, “*Vesperal*”, “*Canción Otoñal*”, “*Raza*”, “*Canción*”, “*A doña Blanca de Zelaya*”, “*Retorno*”, “*A Margarita Debayle*”, “*En casa del Dr. Luis H. Debayle*”, “*Del Poema del Otoño*”). Todos estos poemas, Rubén los tenía destinados para su libro “*Poema del Otoño*”, pero sin saberse por qué, decidió insertarlos antes en su otra obra, “*El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical*”.

El "*Poema del Otoño*", además de estas poesías, comprende otra sección intitulada "VARIA", de la que forman parte "Santa Elena de Montenegro", "Gaita Galaica", "A Mistral" y "El clavicordio de la abuela".

Excluyendo los tan conocidos poemas de la sección "Intermezzo Tropical", la composición más sobresaliente de "*Poema del Otoño*" es indudablemente la que da título al libro. Este solo poema basta para hacer perdurable el libro y considerarlo en la línea de las obras de plenitud de Rubén, en las que se nos presenta más filosófico, profundo e intimista. Mientras, para otros poetas (Leopoldo Lugones, entre ellos) el otoño representa la etapa de la vida para cosechar lo sembrado, época de seguridad interior y claridad de ideas, en Darío el otoño más que preparación para lo inexorable es un estímulo para el gozo sensual y el disfrute de los placeres que aún nos reserva la vida.

"*Poema del Otoño*" es uno de los grandes poemas de Darío y una de las cumbres de su poesía intimista, solo comparable con sus celebrados "Nocturnos". Sobre "*Poema del Otoño*", Juan Ramón Jiménez escribió: "*Si cualquier catástrofe jeológica (sic) hiciera desaparecer a Nicaragua de nuestra realidad presente, bastaría el "Poema del Otoño", de Rubén Darío, para que Nicaragua siguiera incorporada al mundo, mientras hubiese alguien, no ya que leyese, sino que hablara lengua española*".

Torres Bodet señala que: "Rubén quisiera sobreponerse a la duda -estéril, después de todo- con que terminó la última página de sus *Cantos de Vida y Esperanza*. Entre la tumba "que aguarda con sus fúnebres ramos" y la carne "que tienta con sus frescos racimos", parece incitar a los jóvenes a dejar que los muertos entierren a los muertos. Y concluye con esta exaltación del ánimo: "En nosotros, la vida vierte / fuerza y calor. / ¡Vamos al reino de la Muerte / por el camino del Amor!"

17

“CANTO A LA ARGENTINA Y OTROS POEMAS”

El extenso poema “*Canto a la Argentina*”, compuesto de 1.001 versos, le fue encargado a Darío por el diario “La Nación” para conmemorar el Primer Centenario de la Independencia de Argentina. Fue publicado en el número extraordinario que el mencionado diario puso en circulación el 25 de mayo de 1910, en ocasión de tan importante efemérides y ocupó tres páginas del periódico.

Acostumbrado a ser mal remunerado por sus trabajos literarios, para Darío fue reconfortante y un signo del aprecio que le tenían los dueños de “La Nación” de Buenos Aires, cuando estos le retribuyeron con diez mil francos de aquella época su “*Canto a la Argentina*”. El monto era superior a la suma de todos los derechos de autor cobrados por Darío por sus libros.

Rubén escribió el poema en París, donde a la sazón se desempeñaba como Cónsul de Nicaragua. Es el más extenso escrito por el bardo nicaragüense, subdividido en cuarenta y cinco secciones. Para Rubén, componer el *Canto* significó un reto y, a la vez, una oportunidad para expresar su admiración y afecto por el país que emotivamente consideraba como su “segunda patria”. Cuando Darío aceptó el encargo, no sospechaba la magnificencia con que sería retribuido. Había una razón más para aceptarlo: cumplidos los cuarenta años Rubén se sentía envejecido y ya no esperaba encargos semejantes. El resultado fue, como observa Bernardino de Pantorba, “un canto de aire moderno, de avanzada, de textura nueva, con audacias de todo género”.

En 1914, Darío decidió publicar como libro “*Canto a la Argentina*”, poema que da título al volumen, y once composiciones más, una de ellas en francés, “France-Amerique”. Darío toma como leit-motiv de su Canto la letra del propio Himno Nacional de Argentina. Con él se inicia y con él finaliza el poema: “¡Argentina! ¡Argentina! / ¡Argentina! El sonoro / viento arrebató la gran voz de oro. / ase la fuerte diestra la bocina / y el pulmón fuerte, bajo los cristales / del azul, que han vibrado / lanza el grito: ¡Oíd, mortales, / oíd el grito sagrado!”.

Algunos críticos juzgan que varios de los otros poemas incluidos en el libro son superiores al “*Canto a la Argentina*”. Y, generalmen-

te, citan, los tres siguientes: “La Cartuja”, “Los motivos del lobo” y “Gesta del coso”. Sin embargo, son también notables “La canción de los osos”, “Valldemosa” y “La rosa-niña”. En la “Canción de los osos”, según sus críticos, reaparece el poeta de “Prosas profanas” y, por momentos, el de “Cantos de Vida y Esperanza”. El cambio de estados anímicos, tan característico de Rubén, se manifiesta cuando pasa de la acritud o sarcasmo de la “Canción de los osos”, a la piedad y resignación de “Los Motivos del lobo”. Jaime Torres Bodet, juzga que: “En su género, por su categoría –y hasta por su extensión- el *Canto a la Argentina* constituye una positiva proeza. Quien era capaz de erigir ese edificio solemne –de fábricas, mármoles, mástiles, metáforas y relieves- había alcanzado una maestría excepcional, no sólo en el arte de la instrumentación armónica del poema, sino en el dominio de su arquitectura histórica y cívica”.

En Argentina Rubén enaltece a toda América: “¡Gloria a América prepotente! / su alto destino se siente/ por la continental balanza / que tiene por fiel el istmo...” Al finalizar su Canto, el poeta regresa al Himno Nacional: “¡Argentina, tu día ha llegado! / ¡Buenos Aires, amada ciudad / El Pegaso de estrellas herrado / Sobre ti vuela en vuelo inspirado! / *Oíd mortales, el grito sagrado: / ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!*”.

Para Torres Bodet “La Cartuja” es el último de sus grandes poemas. El propio Rubén, cuando se lo leyó por primera vez a doña Pilar, la esposa de don Juan Sureda, su anfitrión en Valldemosa, isla de Mallorca dijo: “Doña Pilar, ahora va usted a conocer, la primera, lo mejor que he escrito. Y comenzó emocionado a leer los estremecidos versos: “Este vetusto monasterio ha visto, / secos de orar y pálidos de ayunos, / con el breviario y con el Santo Cristo, / a los callados hijos de San Bruno”. Esta es una de las joyas más preciosas del rico tesoro poético dariano.

18

**DARÍO Y EL PRESIDENTE
COLOMBIANO RAFAEL NÚÑEZ**

Fue en su retiro de “El Cabrero” que el Dr. Rafael Núñez, Presidente titular de la República de Colombia, recibió, en diciembre de 1892, la visita del joven Rubén Darío cuando éste regresaba de España después de haber asistido, como Secretario de la delegación de Nicaragua, a las fiestas del Cuarto Centenario del descubrimiento de América.

En su *Autobiografía*, Darío describe así aquel encuentro, que debía de ser decisivo en su vida: “No tengo en la memoria ningún incidente del viaje de retorno, solamente de las horas que el vapor se detuviera en el puerto de Cartagena, en Colombia”... “No lejos de Cartagena está la residencia de Cabrero, en donde se encontraba entonces retirado el antiguo presidente de la República y célebre publicista y poeta, doctor Rafael Núñez”... “Era un pensador y un formidable hombre de acción. Bajé a tierra a hacerle una visita”... “Me recibió con gravedad afable. Me dijo cosas gratas, me habló de literatura y de mi viaje a España, y luego me preguntó: “¿Piensa usted quedarse en Nicaragua?” “De ninguna manera -le contesté-, porque el medio no me es propicio”. “Es verdad -me dijo-. No es posible que usted permanezca allí. Su espíritu se ahogaría en ese ambiente. Tendría usted que dedicarse a mezquinas políticas; abandonarían seguramente su obra literaria y la pérdida no sería para usted sólo, sino para nuestras letras. ¿Querría usted ir a Europa?” Yo le manifesté que eso sería mi sueño deseado; y al mismo tiempo expresé mis ansias por conocer Buenos Aires. “Puesto que usted lo quiere -agregó-, yo escribiré a Bogotá, al presidente señor Caro, para que se le nombre a usted Cónsul General en Buenos Aires, pues cabalmente la persona que hoy ocupa ese puesto va a retirarse de la capital argentina. Vaya usted a su país a dar cuenta de su misión, y espere las noticias que se le comunicarán oportunamente”... No hay que decir que yo me llené de esperanzas y de alegrías”.

El 17 de abril de 1893 el Presidente de Colombia, Manuel Antonio Caro, poeta también y traductor de Virgilio, firmó el nombramiento de Rubén Darío como Cónsul General de Colombia en Buenos Aires y, curiosamente ese mismo día, el del gran poeta José Asunción Silva como Secretario de la Legación de Colombia en Caracas.

La magnanimidad del gobierno colombiano, que le entregó un año de sueldos anticipados (2.400 pesos oro) más una apreciable suma para cubrir sus gastos de viaje (2.680 pesos oro) le permitió a Rubén organizar su traslado a Buenos Aires por la insólita ruta de Nueva York y París, por cierto no la más corta pero sí la que mejor convenía a su más cara ilusión: “la mayor ansia de su vida”, visitar París, la *Ville Lumière*, “la ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y sobre todo,... la capital del Amor, el reino del Ensueño”.

El 13 de agosto de 1893, a los veintiséis años de edad, llega Rubén a Buenos Aires para dar principio a una de las etapas más fecundas de su vida literaria. “Una etapa decisiva”, la califica Emilio Carilla en el libro que escribió sobre la permanencia de Rubén Darío en la Argentina. A menos de un mes de su llegada, en la Revista Nacional publica “Era un aire suave”, su primer poema escrito en Buenos Aires y que más tarde formará parte de *Prosas Profanas*. En agosto de 1894 aparece el primer número de la *Revista de América*, órgano por excelencia del Modernismo, dirigida por Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre.

Darío apreciaba la obra poética del Dr. Rafael Núñez. En el número 2 de la *Revista de América* publicó el poema de Núñez “El ángel caído”. Cuando Rubén recibió en Buenos Aires la noticia de la muerte de su benefactor, le dedicó un poema publicado el día primero de octubre de 1894 en la portada del N° 3 de la *Revista de América*.

19

EL MESTIZO RUBEN DARÍO

Si en alguien el mestizaje adquiere su plena dimensión universal y nos muestra sus potencialidades creadoras y renovadoras es en Rubén Darío, cuya misma personalidad tenía cierta grandeza y dignidad de enorme indio chorotega. Esta apariencia física, lejos de crearle sentimientos de inferioridad, le llenaba de legítimo orgullo. Rubén afirmaba tener sangre de indio chorotega o nagrandano, a despecho de sus manos de marqués. En *“El viaje a Nicaragua”*, al observar una mujeres indias en Nindirí, escribe: “A la puerta, o en pequeños corredores delante de ella, ví algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco”. Y cuando en una infortunada ocasión don Miguel de Unamuno dijo que a Darío “Se le veían las plumas de indio debajo del sombrero”, nuestro colosal mestizo reaccionó, a lo que podía ser un desprecio, respondiendo dignamente en célebre carta: “Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo”...

La simbiosis cultural que engendró el mestizaje da la razón a quienes sostienen que lo que tuvo lugar en América no fue ni la permanencia del mundo indígena ni la prolongación de Europa. “Lo que ocurrió fue otra cosa, nos dice Uslar Pietri, y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo”. Simón Bolívar, quien sostenía que “es imposible asignar a qué familia humana pertenecemos”, es otro singular exponente del mestizaje. No era indio ni español. Era venezolano, es decir, indohispanoamericano. Incluso don Benito Juárez, quien era un indio puro zapoteca es culturalmente un mestizo, un mexicano, sin renegar de sus ancestros indios.

Rubén Darío fue el primero y más persistente en el propósito de rescatar el “otro lado” de nuestro ser, el lado aborígen y su aporte al enriquecimiento de nuestra cultura. En su ensayo “Rubén Darío y la aventura literaria del mestizaje”, Pablo Antonio Cuadra sostiene que fue Darío “el primer valor que en la corriente de nuestra literatura culta, no sólo señala lo indio como fuente de originalidad y de autenticidad literaria, sino que proclama en sí mismo -contra todos los complejos y prejuicios de su tiempo- el orgullo de ser mestizo”.

Su poema “Tutecotzimí” es, al decir de Pablo Antonio Cuadra, “la primera incorporación del indio a nuestra poesía culta nicaragüen-

se, y esa incorporación la realiza para elaborar un mensaje contra la tiranía, la violencia y la guerra". Pero hay algo aún más profundo y significativo: la influencia del habla indígena, concretamente de la tendencia a la acumulación de sentencias, propia de la sintaxis nahuatl, en la manera de versificar de Darío. Hay, pues, como lo ha observado el mismo autor, un "nahuatl oculto en la lengua de Rubén, que le permite producir una fecunda innovación en la poesía en lengua castellana". Tal es el caso de uno de sus famosos Nocturnos, donde cada verso es una sentencia y el poema una suerte de enumeración de sentencias.

Pero, para ser auténticamente mestizo, Rubén tenía que ser también español: "Soy un hijo de América, soy un nieto de España"... había dicho en su invocación a los cisnes. Y cuando se propone definirse se proclama "Español de América y americano de España". En ambos casos, no es el indio ni el español quien canta en su poesía, es "el extraño pájaro tropical". Su condición de mestizo no le impide cantar a España, hasta el punto de que los vibrantes hexámetros de su "*Salutación del optimista*" están reconocidos como "el más hermoso canto tributado a la estirpe hispánica", al decir de Guillermo de Torre. O, mejor aún "el homenaje más grande hecho por la América joven a la España eterna", según la máxima autoridad de la crítica literaria española, Marcelino Menéndez y Pelayo.

En Darío el mestizaje alcanza su máxima expresión, su más alta cima. Siglos después del arribo de Colón a tierras americanas, el mestizo nicaragüense Rubén Darío conquistó a España con su poesía deslumbrante "en una forma más absoluta que la conquista de México por Hernán Cortés, asegura Germán Arciniegas. Darío conquistó a España por la fuerza del espíritu". "Rubén Darío, sostiene Alfonso Reyes, desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma esperanza".

20

“VOY EN BUSCA DEL CEMENTERIO DE MI TIERRA NATAL”

En enero de 1915, Rubén Darío se encontraba en Nueva York, a donde había llegado en noviembre del año anterior acompañado de Alejandro Bermúdez, para iniciar una gira por América en pro de la paz mundial. El tiempo pasa y las conferencias que debían dictar aún no se organizan. El escaso dinero de los pacifistas está por terminarse.

Finalmente, el 4 de febrero, y bajo los auspicios de la Sociedad Hispánica y de la Universidad de Columbia, tuvieron lugar las tan esperadas conferencias. La mayoría de los asistentes fueron latinoamericanos.

En ese mismo mes de febrero, Darío cae gravemente enfermo de pulmonía. Carece casi totalmente de dinero y ha tenido que trasladarse a una modesta pensión. No ha podido enviar ningún dinero a su mujer, Francisca Sánchez del Pozo y a su querido hijo, a quien Rubén llama cariñosamente “Güicho”, que se quedaron en Barcelona. Esto producía mucha angustia a Darío.

Rubén hace múltiples gestiones para que el gobierno conservador de Adolfo Díaz le pague la deuda que tiene con él de 45.000 francos por sueldos pendientes de pago de cuando se desempeñó como Ministro de Nicaragua en España. Logra que el gobierno le abone la ridícula suma de \$400 dólares.

Darío quiere trasladarse a Buenos Aires y para tal propósito escribe a Emilio Mitre, director y propietario de “La Nación”. Mitre, generosamente, le envía un giro que le permite cancelar sus deudas y enviar una modesta remesa a su mujer. Mientras tanto, el Ministro de Guatemala en Washington, Joaquín Méndez, amigo de Rubén, y el escritor Máximo Soto Hall, han hecho gestiones para que el Presidente de Guatemala, el déspota Manuel Estrada Cabrera, invite a Darío a visitar Guatemala. Estrada Cabrera, de inmediato, piensa en aprovechar la fama de Darío para hacerle escribir poemas y escritos laudatorios a su persona y gobierno, uno de los más tenebrosos en la historia de Guatemala. Darío ve en su viaje a Guatemala una oportunidad de acercarse a su nunca olvidada Nicaragua. Está prematuramente viejo, enfermo y sin recursos. A Gómez Carrillo le dice: “Voy en busca del cementerio de mi tierra natal”.

Es recibido con todas las cortesías oficiales y hospedado, por cuenta del gobierno, en el "Hotel Imperial". Hace su primera declaración pública al "Diario de Centroamérica", del que antes ha sido colaborador. En su entrevista no faltan los elogios a su anfitrión, Estrada Cabrera, quien lee con mucha satisfacción lo dicho por Darío. Edelberto Torres comenta esta desafortunada visita de Darío a Guatemala así: "Con la catástrofe fisiológica se le han ido al poeta las últimas y pequeñas reservas de voluntad que tenía, y en ese estado de aniquilamiento moral y físico no habrá cosa que no haga si le dicen que la exige el tirano".

Las penurias del poeta no terminan. Aconsejada por el Arzobispo de Managua, Lezcano y Ortega, Rosario Murillo viaja a Guatemala para asistir a Rubén y traerlo a Nicaragua, donde ya se conoce lo estropeado de su salud. Cuando Rubén se entera de la llegada de Rosario siente como que se le ha llegado su hora final. Se resiste a su traslado a Nicaragua, más no tiene otra alternativa. Resignado, recuerda lo que un día dijo a Santiago Argüello: "Quiero que mis despojos sean para Nicaragua. Ya que mi patria no me guardó vivo, que me conserve muerto".

El barco que lo trae, en compañía de Rosario, atraca en Corinto el 25 de noviembre. Esta vez no hay delegados oficiales ni fanfarria. Su retorno es silencioso. Pero cuando el tren llega a León, las campanas de la catedral anuncian su arribo. La gente lo deja todo y se encamina a la estación. Otra vez lo llevan en coche, al que la multitud desengancha los caballos y tira del coche hasta la modestísima casa que le facilita la familia de Fidelina Santiago de Castro.

El día 24 de diciembre, Rubén piensa en su Güichín, tan lejos de él, en Barcelona. Le duele que no va a tener ni un juguete esa Navidad. Nuestro poeta cierra el año trágico de 1915 con lágrimas en sus ojos. Pronto vendrá su tránsito a la inmortalidad.

21

**DARÍO A CIEN AÑOS DE SU TRÁNSITO
A LA INMORTALIDAD**

La renovación de la poesía castellana llevada a cabo por Darío es de tal magnitud que Pedro Henríquez Ureña afirma: “De cualquier poema escrito en español puede decirse con precisión si se escribió antes o después de Rubén Darío”. “Cuando un poeta como Darío ha pasado por una literatura, todo en ella cambia”, nos enseña Jorge Luis Borges. “Todo lo renovó Darío: la materia, el vocabulario, la métrica, la magia peculiar de ciertas palabras, la sensibilidad del poeta y de sus lectores. Su labor no ha cesado y no cesará; quienes alguna vez lo combatimos, comprendemos hoy que lo continuamos. Lo podemos llamar el *Libertador*”. “Ser o no ser como él, precisa Octavio Paz. De ambas maneras Darío está presente en el espíritu de los poetas contemporáneos. *Es el fundador*”. “Darío es ese, señala nuestro Pablo Antonio Cuadra, que pone en pie el castellano para una segunda salida -aún mejor que la primera- como el Quijote. El mismo sirve de guía, de capitán: *es el renovador*”.

Excelso “Maestro del idioma”, Darío nos lega una lección de sinceridad, de autenticidad (“Sé tú mismo: esa es la regla”), de dedicación tenaz e inteligente a la labor creadora; un escritor que inauguró el profesionalismo en la ardua tarea de las letras y el periodismo; que se formó por su propio esfuerzo autodidacta y que, a pesar de su vida viajera y su tendencia a la bohemia, fue capaz de consagrarse seriamente a las tareas de investigación y creación artísticas; que ejerció consciente y responsablemente un magisterio estético, cultural e incluso político a nivel continental y que dejó, como su mejor lección, una lección modestia y honestidad intelectual en su búsqueda constante de la belleza y el ritmo.

Si el fenómeno de la globalización es hoy día el más dominante en las relaciones entre las naciones, Darío fue un abanderado del cosmopolitismo, que para él estaba indisolublemente ligado a la modernidad. Pero esta apertura hacia lo universal, y he aquí la lección perdurable de Darío que debería iluminar nuestra incorporación en los complejos procesos de globalización y de mercados abiertos, jamás debe hacerse a expensas de nuestra identidad y de nuestros valores. Rubén concilia su prédica del cosmopolitismo con la necesidad de afirmarnos en nuestra propia cultura y, desde

ella, abrírnos a la cultura universal, única manera de no ser arrasados por las culturas de los centros hegemónicos promovidas por los medios masivos transnacionales de comunicación.

Darío se dejó influenciar por la literatura francesa pero conservó siempre su honda raíz hispanoamericana. “Toda una naturaleza tropical y todo un pasado indio se despertaron en la lengua de Cervantes y de Góngora cuando la voz del nicaragüense Rubén Darío, en esta lengua soberbia, se puso a cantar, nos dice Jean Cassou. Y en lo referente a su propio país, Nicaragua, José Coronel Urtecho nos dice: “La más alta manifestación de la universalidad nicaragüense es, por supuesto, Rubén Darío. Él es el paradigma de nuestra universalidad en su más pura forma”.

Pese a su rico ropaje formal, que para algunos pudiera esconder una superficialidad anímica, la verdad es que los críticos reconocen que su musicalidad verbal y el virtuosismo de su técnica no nos impiden oír los latidos de su corazón, especialmente cuando desnuda su alma y nos revela sus angustias y pesadumbres, como en sus célebres “Nocturnos” y en “Lo fatal”, poemas en los que se pueden palpar sus más íntimas vivencias e inquietudes, que hoy pesan sobre el alma del hombre postmoderno.

No hay metro, experimento poético, (verso libristo, prosaísmo, exteriorismo, etc), innovación en prosa, tendencia literaria contemporánea, que no encuentre un precedente valioso en la obra dariana, inclusive el intertexto, tan presente hoy día en la nueva literatura latinoamericana, recurso que culmina en la obra de los más grandes autores de nuestro tiempo (Borges, Cortázar, Neruda, Paz y García Márquez). Sin duda, Darío es hoy día un clásico de la literatura hispanoamericana y universal. Es esa dimensión humana la que confiere más perennidad a la poesía de Darío, y la carga vital, según Guiseppe Bellini, que ha conducido a la poesía española a la realización de un nuevo Siglo de Oro.

22

DARÍO Y LA POLÍTICA

Desde muy joven Rubén abominó la politiquería, a la cual calificaba como “ese tremendo hervidero de la pasión política” que podría contaminarlo todo, incluso el arte mismo.

Si bien Rubén nunca militó oficialmente en ningún partido político, ideológicamente, como hombre avanzado de su época se identificó con el pensamiento liberal de fines del siglo XIX, que por entonces encarnaba los ideales más progresistas. Sin embargo, en un artículo publicado bajo el título “*Unión liberal*”, firmado bajo el seudónimo “*Tácito*” en el “*Diario de Centroamérica*” (Guatemala, 11 de junio de 1891), Darío escribe: ...”Como liberal sincero propongo a mis correligionarios: que nuestro partido imite... a los partidos de los países adelantados en prácticas políticas”. El mismo Rubén nos dice que nunca le interesó el activismo político. Ciertamente, no fue un político, en el sentido criollo de la palabra. Esto no significa que menospreciara la política, como preocupación ciudadana por los altos destinos de la Patria y el bien común.

En el Discurso del Retorno (León, 1907), Rubén consideró necesario recordar a sus conciudadanos que él, alejado de las disensiones políticas, había luchado y vivido, no por los gobiernos, sino por la Patria, y agrega: “si algún ejemplo quiero dar a la juventud de esta tierra ardiente y fecunda, es el del hombre que desinteresadamente se consagró a ideas de arte, lo menos posiblemente positivo y después de ser aclamado en países prácticos, volvió a su hogar entre aires triunfales”.

Rubén creció y se formó, ideológicamente, en una atmósfera dominada por el pensamiento liberal centroamericano finisecular, una de cuyas características era la vocación unionista, la pasión por reconstruir la patria centroamericana. El otro ingrediente, propio del liberalismo nicaragüense de entonces y que lo distingue del liberalismo de los otros países del istmo, fue la relación ambivalente con el “*Coloso del Norte*”, los Estados Unidos, visto, a la vez, como modelo de democracia y progreso y como potencia invasora, entrometida en los asuntos internos de Nicaragua. Esta ambivalencia es visible también en la obra de Darío y de otros intelectuales nicaragüenses.

El liberalismo de Rubén, salvo en una etapa de su juventud, nunca fue radical ni se contrapuso a sus creencias cristianas. Darío logró conciliar su fe cristiana con su opción ideológica liberal. Su liberalismo era la expresión de su fe en el progreso, la justicia, la libertad y la perfectibilidad del hombre. Su nunca desmentido cristianismo transformó la fraternidad liberal en el amor a nuestros semejantes, como el más alto principio inspirador de la conducta humana y social, lo que condujo a Rubén a rechazar el liberalismo económico puro que se rige por las leyes ciegas del mercado y a abrazar un humanismo a la vez liberal y cristiano, sintetizado en su estupenda frase: “La mejor conquista del hombre tiene que ser, Dios lo quiera, el hombre mismo”.

Rubén también abominaba la demagogia política y el uso del pueblo como instrumento de destrucción. Así dice, a propósito de “*las turbas*”: “Eso es obra de locos corrompidos: llevar las turbas a que despedacen las puertas de los almacenes, y roben primero, y lo den todo al fuego después; conducirles a las tabernas y bodegas para que se emborrachen y así redoblen sus inmoralidades. La muchedumbre va por la calle gritando, amenazante, beoda, brutal, feroz”.

Frente al demagogo barato e irresponsable, Darío pondera al estadista: “El hombre de Estado cumplirá como bueno sus tareas, y su discreción y su conocimiento de los grandes asuntos en que había de ejercitar su pericia no han de quitarle, ni la vivacidad y frescura del ingenio, ni el pensamiento creador, ni el *intelletto d’amore* para su pasión artística.

23

DARÍO Y EL FUTURO DE NICARAGUA

En su libro de remembranzas del apoteósico retorno a su terruño en 1907 "**Viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical**" (1909), Darío escribió: "*En la juventud predomina la afición a las letras, a la poesía. Yo dije a los jóvenes en un discurso que eso era plausible: pero que junto a un grupo de líricos era útil para la República que hubiese un ejército de laboriosos hombres prácticos, industriales, traficantes y agricultores*".

Darío no sólo pregonaba la trascendencia de los caminos del arte, que él sabe son difíciles y tienen "*mil puntas cruentas*" para zaherir el alma, sino que también señala la importancia de lo práctico, de lo económico y de lo político. Reafirma la agricultura como base de nuestra economía cuando señala que nuestros productos naturales obtienen buenos mercados en Europa y que el hule los obtendría mejores, si nos preocupáramos de su cultivo e industrialización: "*Nuestro café, nuestro cacao, nuestra caña de azúcar, nuestro caucho en la costa norte, solicitan la atención Europea, pero no con el interés que se tendría si una investigación fecunda nos ayudara para dar salida, por ejemplo, a esa Industria del Hule, que en estos momentos se levanta con preponderancia natural, gracias al impulso automovilista*".

Darío nos está diciendo, con genial visión, que debemos esforzarnos, mediante la investigación, de incorporar "valor agregado" a nuestros productos naturales. Casi un siglo antes que la CEPAL recomendara a nuestros países pasar de la "renta perecible", basada en los recursos naturales y la mano de obra barata, a la "renta dinámica", que incorpora valor agregado a los productos naturales gracias al progreso técnico. Bien sabía Rubén que el progreso sólo se obtiene con "**la picota de la investigación en la mano**", para usar sus propias palabras.

Mariano Fiallos Gil nos narra lo que sucedió en la sociedad de poetas leoneses "El Alba": "*En aquel tiempo, escribe don Mariano, -y hablo del año de 1907- había una sociedad lírica llamada El Alba. A la venida triunfal de Rubén, el estudiante y poeta Antonio Medrano lo saludó con unos pomposos versos, que finalizaban así: "Escuche tu*

armonioso verso a mi verso rudo, / Mas que vibra sincero por decir tu alabanza, / Bienvenido en nombre d'El Alba te saludo, / ¿Qué es el Alba? Ya sabes: El alba es la esperanza". Rubén respondió, descorazonándoles. Les dijo que mejor se ocuparan de cosas más prácticas: "Crezca nuestra labor agrícola -aconsejó- auméntese nuestra producción pecuaria, agrádzcense nuestras industrias y nuestro movimiento comercial bajo el amparo de un gobierno atento al nacional desarrollo. Y que todo eso sea alabado por las nueve musas nicaragüenses en templo propio".

Sabias y sensatas palabras, por cierto, de un Darío insospechado para muchos de nosotros, desconocido por las nuevas generaciones: el Darío preocupado por los problemas concretos de la hora, el Darío que es poeta y político, es artista y estadista, es intelectual, educador y hombre capaz de comprender y de apreciar la importancia de la acción y del trabajo. Nos dice certeramente: dedíquense ustedes al arte, pero no olviden el cultivo de la tierra, la explotación de las riquezas naturales y el desarrollo de una ciencia basada en el conocimiento de la realidad natural, social y cultural del país; es decir, no descuiden la investigación científica y la producción.

Si bien Darío no enjuició el estado de la educación en su país, los criterios que expresó en relación a la situación del sistema educativo español en 1898, siguen siendo aplicables a la educación nicaragüense. Escribió Darío, en una crónica incluida en su libro "**España Contemporánea**" (1901) lo siguiente: "*En la mala enseñanza primaria está el origen de todos los males*". Darío, entonces, se atreve a formular una política educativa para la postrada España de fin del siglo XIX: "*Lo que habría que hacer en España sería formalizar la enseñanza elemental, leer y escribir correctamente, gramática y aritmética. Esta antigualla sería más que suficiente base para que luego cada cual siguiése su rumbo"... "No hacen falta reformas, ni planes nuevos, ni estudios novísimos. Lo que necesita con urgencia la juventud española es que le enseñen a leer, ¡que no sabe!*".

24

ASÍ FUERON LOS FUNERALES DE DARÍO

Su muerte.

Tras una agonía de muchas horas, Darío expiró a las 10:15 de la noche del día 6 de febrero de 1916. (El Acta de Defunción dice que fue a las 10:18). El 10 de enero, el obispo de León, Simeón Pereira y Castellón, le había administrado solemnemente la extremaunción. El día 31 Darío dictó su testamento, instituyendo como su heredero universal a su hijo Rubén Darío Sánchez.

Junto a su lecho de muerte estuvieron su esposa Rosario Muriello, sus médicos, los doctores Luis H. Debayle y Escolástico Lara, sus anfitriones Francisco Castro y Fidelina Santiago de Castro, así como Simeón Rizo Gadea, Francisco Paniagua Prado y los hermanos Alejandro y Octavio Torrealba. Octavio dibujó el perfil del fallecido y Alejandro rompió la cuerda del reloj que marca para la posteridad la hora del tránsito a la inmortalidad del renovador de la poesía y la prosa en español. Todas las campanas de las iglesias de León repicaron dolientes y 21 cañonazos del Fortín de Acosasco anunciaron la muerte del Príncipe de la literatura hispanoamericana. Atrás quedaba, escribe Jaime Torres Bodet, “una vida tejida con muchas esperanzas irrealizadas, muchos triunfos inevitables y menos cantos que desencantos”.

La noticia se difunde rápidamente por todo el orbe y aparece en la primera plana de los principales periódicos de América Latina y España. Los días siguientes numerosos diarios publicaron editoriales y artículos elogiosos sobre la obra del poeta, a la cabeza de ellos “La Nación” de Buenos Aires, del que Darío fue corresponsal en Europa. Varios famosos poetas pulsan sus lirras para expresar su dolor.

En Barcelona, Francisca Sánchez del Pozo, su compañera de diecisiete años, oyó de la muerte de su querido “Tatay” el martes 9, cuando el voceador de un periódico anunciaba que había muerto un príncipe. Pero es hasta que los amigos de Rubén llegan a darle el pésame que Francisca repara que el príncipe es su Rubén.

La autopsia.

La autopsia la practican Debayle y Lara, ayudados por los estudiantes de Medicina Luis Hurtado y Sérvulo González. El cadáver del poeta, extraídas sus vísceras y su cerebro, es embalsamado para que se conserve durante la semana de homenajes programados por el Comité que preside el propio Dabayle. Este escenificará una vergonzosa disputa con Andrés Murillo, hermano de Rosario, por la posesión del cerebro de Darío. Debayle lo extrajo con el pretexto de realizar un estudio científico sobre “el depósito sagrado” del genio. Las vísceras fueron enterradas en el cementerio de Guadalupe de la ciudad de León. Se cumplió la pesadilla que Darío tuvo una noche en que agonizante, vio en sueños, como los cirujanos destrozaban su cuerpo.

Mientras la Iglesia Católica, en cuyo seno murió Darío, decide rendirle honores “con la magnificencia propia y ceremonial establecido para los funerales de los Príncipes y Nobles”, el gobierno conservador de Adolfo Díaz, por Acuerdo Ejecutivo, tras declarar su fallecimiento como duelo de la Patria, le regatea los honores de Presidente y los limita a “honores de Ministro de la Guerra y Marina”, lo que resultaba paradójico para quien, con convicción pacifista, exaltó en su último poema importante, la paz entre las naciones.

Las honras fúnebres.

El lunes 8 de febrero el programa se inicia con el traslado solemne del féretro al Ayuntamiento de León para el homenaje municipal, presidido por el alcalde, Dr. David Argüello. La nutrida procesión se desplaza con gran pompa por las calles de la ciudad. Las cintas del féretro las llevan los ediles y regidores, escoltados por soldados del Fortín. El discurso oficial corre a cargo de Manuel Tijerino.

El martes 9 es trasladado al Paraninfo de la Universidad de León. “Aquí en la Universidad, nos narra Edelberto Torres, el traje negro es sustituido por un sudario griego de alba seda y su cabeza se ciñe con corona de laurel”. El cadáver es depositado en un catafalco y expuesto para la veneración del pueblo. A su lado colocan el ataúd que contendrá sus despojos, obra del ebanista nicaragüense José Félix Cuevas. Miles de personas desfilan para tributar su respeto al poeta y demostrar el dolor de la Patria, que ha perdido al más universal de sus hijos y el que más gloria le ha dado.

En la Universidad permanece cuatro días en capilla ardiente. Los guardias de honor se suceden durante todo el día y parte de la noche. Participan estudiantes, profesionales, obreros y artesanos, así como otros miembros distinguidos de la sociedad leonesa. En las veladas nocturnas leen sus homenajes Carlos A. Bravo, Joaquín Sansón, Horacio Espinosa, Modesto Barrios, Luis H. Debayle, Francisco Paniagua Prado y otros. Se declaman los poemas más célebres de Darío. Comenta Torres Bodet: "Darío, muerto, tuvo que someterse a un tratamiento que habría sido para él, en vida, tortura de su espíritu: escuchar discursos y más discursos..."

El día doce es el homenaje de la Iglesia. A las ocho de la mañana el alto clero lleva el féretro a la catedral. Así describió la escena el periodista Juan Ramón Avilés en su crónica para el diario "El Comercio" de Managua: "La Catedral era como una montaña de duelo. De las inmensas columnas pendían listones negros, en las puertas el gran cortinaje de luto, en los altares, el duelo sagrado. De las torres, descendían hasta el atrio luctuosos atributos. Iban a sonar las ocho de la mañana cuando el cadáver entraba por la puerta mayor. El Obispo Pereira, con traje violeta, salió a recibirlo, llevando en la diestra la bandera de luto de la Iglesia. Hizo descender la bandera sobre el cadáver, y en medio de un recogimiento profundo, se oyó el toque agudo de los clarines. En la nave central se levanta el blanco y severo catafalco. Lo rodeaban cuatro columnas, cada una de ellas consagrada a una de las repúblicas de Centro América, hermanas en el dolor por la muerte del genio. Sobre cada una de ellas, las coronas enviadas por las representaciones respectivas, coronas de los presidentes, de los congresos, de los ateneos. Y en el centro, junto a la cabeza del poeta, una alta columna cuadrangular, trunca: era la de Nicaragua, cuyo pabellón, inclinado sobre el cadáver, tenía un no se qué de pena augusta, como si aquel trapo azul y blanco hubiese tenido un alma maternal"... "A las cuatro y media de la tarde, la procesión, va de regreso a la Universidad. Al salir el cadáver por la puerta mayor, lo cobija un palio con los colores nacionales, y se detiene. El público era una compacta muchedumbre. El Obispo Pereira subió a la tribuna y pronunció un discurso lleno de verdadera elocuencia". "Después siguió la procesión. Los altos dignatarios del clero, a distancia de diez o más varas el uno del otro, bajo capuchas blancas, iban paso a paso, cruzados los brazos, inclinada la cabeza, con las largas caudas sostenidas por acólitos y pajes. Diez mil personas irían en la procesión que encabezaban

tres carrozas simbólicas. Y al llegar a la Universidad, desde una de las ventanas de la casa del General Ortiz, el Presbítero Azarías H. Pallais leyó su discurso admirable”. Este será, por cierto, el más recordado de los discursos pronunciados en los funerales de Darío. Según Edelberto Torres, la tercera de las carrozas ostentaba la leyenda siguiente: “Al insigne nicaragüense español, los españoles nicaragüenses de León”.

El entierro.

El entierro fue programado para el domingo 13. A las dos de la tarde, un cañonazo da la señal de partida a la multitudinaria procesión apiñada en los corredores de la Universidad. El Presbítero Félix Pereira se afana en organizar las delegaciones, tarea nada fácil por la cantidad de asistentes. Al iniciarse el desfile, cerca de las cuatro de la tarde, una bandada de inmaculadas palomas alzan su vuelo sobre el féretro y la concurrencia. De todos los campanarios de las iglesias de León llegan los toques de profundo duelo. Desfilan las delegaciones con banderas de Argentina, Guatemala, El Salvador, Honduras y Costa Rica. Se han hecho presentes nutridos grupos de representantes de los departamentos del país y de los Ateneos. Pasan los estandartes del Cuerpo Diplomático, del Cuerpo Consular, del Congreso Nacional, de la Sociedad Cultural de Obreros y de la Oficina Internacional Centroamericana. Los estandartes son más de veinte. A la cabeza del desfile van los representantes de los Poderes del Estado, de la Universidad, los familiares del poeta, el alcalde de la ciudad y los Magistrados de la Corte de Apelaciones. Los colegios y escuelas forman valla en toda la procesión.

“El cadáver, nos narra Edelberto Torres, lleva el rostro descubierto y coronado de laurel, vistiendo un himatión griego, y es conducido en andas adornadas de blanco y azul, bajo un magnífico palio de flecos colgantes. Los representantes de los gobiernos centroamericanos y de La Nación, de Buenos Aires, llevan las cintas negras que penden del catafalco. A ambos lados, filas de canéforas con sus albos trajes y sus cestillas colmadas de flores van arrojándolas al ritmo de la marcha. El bello ritual pagano lo desempeñan las lindas leonasas Virginia González, Mercedes Fernández, Mercedes Ayón, Virginia Rojas, Estela Argüello, Anita Navas, Marina Argüello, Berta Castro, Amalia Argüello, Fidelina Castro, Leticia Argüello, Julia Barreto, Carmen Argüello, Margarita Argüello y Emelina Argüello. El desfile sigue el curso de la procesión del domingo de Ramos, y

al pasar bajo el arco levantado cerca de la casa de la tía abuela Bernarda, se abre una granada de cuyo seno caen flores y versos, exactamente como en aquel domingo de Ramos de su infancia, en que sus versos cayeron al pasar el Jesús triunfal y fueron arrebatados por la multitud. De aquellos papelitos con sus estrofas primigenias no se conserva ninguno, ni ellas se conocen, y por eso los que ahora caen de la granada tienen impreso el precioso poema "A ti", de 1881, "Yo vi una ave / que suave / sus cantares / a la orilla de los mares / entonó / y voló..."

El último orador fue Santiago Argüello. Cerca de las seis de la tarde el féretro entra por la puerta principal de la Basílica Catedral. Se escuchan los acordes de "Marcha Triunfal", compuesta por Luis A. Delgadillo. El cadáver es llevado por la nave central hasta la gruesa columna que ostenta la estatua del Apóstol San Pablo. A los pies de esa estatua se ha abierto la cripta donde será depositado el cadáver del Príncipe. Primero es introducido en un ataúd metálico y luego en otro de madera. Todo el proceso dura más de dos horas, sin que nadie se retire de la atiborrada catedral. Al entrar el ataúd en su morada definitiva se oyó una salva de doce cañonazos. Un león doliente, símbolo de la ciudad, descansará sobre su tumba en actitud vigilante. Se cumple lo dicho por el poeta español Antonio Machado en su poema "A la muerte de Darío". En un severo mármol se esculpe la siguiente inscripción:

"Nadie esta lira taña, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suena, si no es el mismo Pan".

Cabe observar que el verso de Machado en realidad dice: "Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo".

Hoy, quizás tanto homenaje, dibuje en nuestra cara una sonrisa benevolente. Pero, en el contexto de la época, los funerales de Darío fueron apoteósicos. Nicaragua y en particular la ciudad de León, rindieron a Darío los honores que merecía.

"Traté siempre de ser sincero, de decir con valentía mi verdad de hombre y de poeta", afirma el propio Darío al final de la biografía escrita por Ian Gibson. Un testimonio tan humano jamás lo podrá derribar el tiempo.

Este modesto librito reúne la serie de artículos que sobre la vida y obra de Rubén Darío publiqué en el diario "La Prensa" en el curso del año 2015.

La intención es ponerlo principalmente en las manos de nuestros estudiantes, como un incentivo para que se inicien en el conocimiento de la vida y obra de nuestro genial poeta, cuya vigencia continúa a cien años de su fallecimiento. Como lo afirma el filósofo español Julián Marías: "Darío es quien fija el nivel de la poesía en español".

